

ÍNDICE

NOTA INTRODUCTORIA	11
ADVERTENCIA	13
TEMA 1. Grecia, la polis, el nacimiento del ciudadano: de los poetas a los sofistas.....	15
1. Homero.....	17
2. Hesiodo.....	18
3. La Grecia arcaica	22
4. Las colonias.....	27
5. La tiranía	30
6. Esparta.....	34
7. Atenas.....	41
8. Sócrates y las leyes.....	60
Lecturas complementarias	68
Bibliografía.....	70
TEMA 2. El pensamiento político de Platón.....	71
1. Platón, ciudadano de Atenas	73
2. Platón, filósofo socrático	77
3. <i>La República</i> o la reflexión sobre la ciudad ideal.....	80
4. <i>El Político</i> , un diálogo frío	87
5. <i>Las Leyes</i>	89
Lecturas complementarias	93
Bibliografía.....	95
TEMA 3. Aristóteles.....	97
1. Nota biográfica.....	99

2. La obra	100
3. Resumen y comentario	103
Lecturas complementarias	155
Bibliografía	157
TEMA 4. El fin de la polis y el surgimiento de nuevas escuelas filosóficas ..	159
1. Las transformaciones del mundo helenístico.....	161
2. El ladrido del perro	166
3. A la sombra del pórtico.....	171
4. Los filósofos del jardín.....	177
Lecturas complementarias	181
Bibliografía	184
TEMA 5. Roma, su historia, sus hombres	185
1. La fundación de Roma.....	187
2. La expansión y la creación del imperio	191
3. El mundo romano	195
4. Un intelectual romano	197
5. El estoicismo en Roma	200
Lecturas complementarias	204
Bibliografía	205
TEMA 6. El Derecho romano	207
1. Introducción	209
2. La república.....	210
3. El principado.....	219
4. El bajo imperio.....	225
5. El Derecho romano después de Roma.....	228
Lecturas complementarias	229
Bibliografía	232
TEMA 7. La difusión del cristianismo	235
1. Introducción	237
2. Itinerarios de expansión	238
3. Pablo de Tarso	241
4. Doctrina de San Pablo	243
5. El Evangelio de Juan.....	248
6. El valor del sufrimiento	253
7. Organización de la Iglesia	254
Lecturas complementarias	259
Bibliografía	260

TEMA 8. San Agustín	261
1. Introducción	263
2. Doctrina de la autoridad	265
3. Origen de las dos ciudades	267
4. El ejemplo de Caín	268
5. Otro símbolo: Babel	270
6. La paz, fin de las dos ciudades	272
7. La paz terrena	276
8. La paz de la ciudad terrena	281
9. Fundamentos del poder público	284
10. Resumen y conclusiones	297
Lecturas complementarias	298
Bibliografía	299
TEMA 9. Los reinos bárbaros	301
1. Invasiones y readaptaciones	303
2. La transmisión de la cultura latina	306
3. Carlomagno	308
Lecturas complementarias	312
Bibliografía	314
TEMA 10. La sociedad feudal	315
1. El nacimiento de la sociedad feudal	317
2. La tierra y los hombres	320
3. Los tres órdenes	322
Lecturas complementarias	337
Bibliografía	340
TEMA 11. Las transformaciones del siglo XII	341
1. Las ciudades	343
2. Nuevas formas de pensar	347
3. Voces llegadas de otras culturas	352
4. El <i>Policraticus</i> de Juan de Salisbury	366
Lecturas complementarias	371
Bibliografía	372
Tema 12. Los teóricos de la monarquía	373
1. El siglo XIII	375
2. El nacimiento de las universidades	378
3. Santo Tomás de Aquino	383
4. Dante y el Imperio	387
Lecturas complementarias	394
Bibliografía	396

TEMA 13. Iglesia e Imperio	397
1. Dos poderes enfrentados	399
2. Guillermo de Occam	402
3. Marsilio de Padua	405
Lecturas complementarias	414
Bibliografía	416
Tema 14. El Renacimiento	417
1. Nuevos mundos	419
2. El impacto de los libros	422
3. La Reforma	426
4. De reinos inexistentes	428
5. Maquiavelo	430
Lecturas complementarias	442
Bibliografía	445
Tema 15. Vitoria y Grocio: el nacimiento del Derecho internacional ...	447
1. Introducción	449
2. Vitoria	450
3. De Vitoria a Grocio	455
4. Grocio	456
5. Después de Grocio	462
Lecturas complementarias	463
Bibliografía	466
Mapas	467

Tema 1

GRECIA, LA POLIS, EL NACIMIENTO DEL CIUDADANO: DE LOS POETAS A LOS SOFISTAS

1. HOMERO

Si damos la vida de Homero como bien fechada entre los años 750 al 700 a.C., comprobamos que está separada de los hechos referidos en la Iliada por una distancia de quinientos años.

El tiempo de las monarquías micénicas (1450-1200 a.C.) es el referente ideal de la epopeya. Sin embargo, la sociedad descrita por Homero concuerda sólo en parte con el tipo de sociedad que puede conjeturarse a partir de los datos arqueológicos. Se supone que los restos de ese esplendoroso mundo perdido que sobrenadan en la epopeya homérica, llegaron allí a través de narraciones legendarias transmitidas oralmente, de una generación a otra, por los «aedos».

En los modos de vida descritos por Homero se mezclan características de los tiempos micénicos con otras contemporáneas del poeta. El texto de Homero no es un relato fidedigno de hechos, ni pretende serlo, pero sí puede informarnos sobre ciertos valores e ideales que informaron la sociedad griega a lo largo de su historia. Desde sus más remotos inicios, como reliquia apresada en sus hexámetros; hasta el final del helenismo, como espejo de virtud heroica. El culto a Homero fue omnipresente.

El tipo de gobierno que muestran la Iliada y la Odisea es la monarquía. El rey, «alumno de Zeus», «pastor de hombres», concentra en su persona todo el poder. Conoce lo justo y lo injusto. Juzga y decide sobre todos los asuntos públicos.

Existe un órgano de deliberación, el «ágora», que el rey, por medio del heraldo, reúne cuando necesita consejo; pero su función es meramente consultiva. Es el rey quien, después de oír los diferentes puntos de vista, toma las decisiones.

Los principales personajes de la epopeya son reyes. Homero los llama «basileis». El que ostenta el mando supremo en la confederación de reyes aqueos que atacan Troya es Agamenón. Homero le da el título de «anax», que significa señor, término derivado del micénico «wanax», con el que se designaba al rey. En la poesía lírica este epíteto sólo se aplicará a los dioses. También

Agamenón, como el «wanax» micénico, tiene en la *Iliada* funciones sacerdotales. Sacrifica los toros y reparte su carne a los jefes, «en trozos muy pequeños», no sin antes haberla asado en las brasas, añadiéndole la «divina sal». De los augurios se encargaban adivinos profesionales que acompañaban al ejército.

La virtud se entiende en Homero casi sólo como valentía. Aunque en algún personaje secundario como Néstor, rey de Pilos, personifique la prudencia, este modo de virtud tiene un valor secundario. Es propia más bien de los ancianos, de los que ya no pueden, por su avanzada edad, protagonizar los combates. La prudencia del guerrero más joven es astucia, como en Ulises, ingenio para idear estratagemas y trampas que destruyan al enemigo.

La motivación central de los hechos heroicos no es vencer, sino adquirir gloria (kleón) venciendo o, por lo menos, dársela a otro, al vencedor, cuando la suerte es adversa al héroe. La gloria se gana en la guerra sobre todo, aunque los héroes homéricos no desdeñan, incidentalmente y sin el menor escrúpulo, dedicarse al bandidaje y a la piratería. Todas las cualidades buenas para la guerra son las de los héroes: cuerpo fuerte y hermoso, irreprochable linaje, bella y potente voz, riqueza, prodigalidad, lealtad, juventud y, sobre todo el amor a la gloria. Lo peor que puede sucederle es sufrir la vergüenza de que sus iguales le consideren un cobarde.

Aquiles, cuya implacable cólera es la causa de los acontecimientos descritos en la *Iliada*, es el héroe por excelencia. Constituye por otra parte, el tipo de hombre necesario para una guerra ofensiva. Su sed de gloria le lleva a acometer las mayores hazañas dejando a un lado cualquier otra consideración. Sin embargo, Homero retrata también otro tipo heroico, el antagonista de Aquiles: Héctor, hijo del rey de Troya. Héctor no elige luchar, sino que se ve obligado a hacerlo para evitar una desgracia peor que la muerte misma: la devastación de su ciudad, la esclavitud de su esposa y finalmente, la muerte de su anciano padre y tierno hijo.

Esta figura de guerrero que defiende lo suyo, la veremos después con más frecuencia en la poesía lírica.

Héctor es el prototipo del hoplita, defensor de las ciudades.

En la epopeya homérica se educaron todos los griegos. Los diversos cantos eran recitados de memoria por los «homéridas», colegio de poetas profesionales, en las plazas de las ciudades y en las casas de los nobles. El texto no fue fijado por escrito hasta el s. VI a.C., en Atenas, bajo la tiranía de Pisístrato. Los niños, una generación tras otra, aprendieron las primeras letras leyendo la *Iliada*.

2. HESÍODO

Hesíodo vivió poco después de Homero. Las diferencias de estilo y temática entre ambos autores se explican por la diversidad de fuentes. Mientras

Homero reúne las tradiciones jónicas de Asia Menor y de las islas; Hesíodo sigue las de la Grecia Central. Sus semejanzas se deben a la «koiné» micénica, que sufre transformaciones independientes a lo largo de los «Siglos Oscuros» (s. XIII al VIII a.C.).

Hesíodo es «el profeta del derecho»¹. En efecto, su convicción religiosa de que es la ley lo que sostiene los diversos ámbitos del ser: divino, natural y humano; impregna toda su obra.

En su *Teogonía* muestra como, a partir del caos inicial, todas las fuerzas «divinas» del universo, incluyendo el cielo y la tierra, se someten al cetro de Zeus y él, una vez concluida la Titanomaquia, les distribuye «bien las dignidades» (Teog. 885).

En el orden meteorológico surge un grave disturbio. Gea, la tierra, da a luz un monstruo policéfalo: Tifón, que con su tremenda violencia amenazaba destruir todos los seres, hombres, animales y plantas. También Zeus pudo vencerlo con «el trueno, el relámpago y el flameante rayo». A continuación, uniéndose en matrimonio con «la brillante Temis», personificación de la justicia cósmica, engendró tres hijas que mutuamente se enlazan, «las Horas: Eunomía, Dike y la floreciente Eirené». Ellas, preservando el orden en los fenómenos meteorológicos, «guardan las cosechas de los hombres». También alumbró Temis a las Moiras, diosas a las que Zeus estima sobremanera: Cloto, Láquesis y Átropo, «que conceden a los hombres ser felices o desgraciados».

Éste es el orden que impuso Zeus, no sin lucha, en todo el universo. Por medio de los mitos de Prometeo, de las Edades y de Pandora, narra el profeta Hesíodo la posterior trastocación de ese orden y su remedio. Estos tres mitos se imbrican de la siguiente manera:

2.1. Mitos de las Edades, Prometeo y Pandora

Los dioses hicieron, en primer lugar, una estirpe humana de oro. Vivían felices, de la tierra fácilmente obtenían alimento y al morir se sumían como en un sueño. Cuando desaparecieron estos hombres, por voluntad de Zeus, fueron convertidos en daímones protectores de los hombres. Crearon después los dioses otro género humano, de inferior calidad, de plata. Durante la primera parte de su existencia fueron abúlicos e indolentes, pero al final mostraron una gran violencia en sus actos. Cuando desaparecieron, también por voluntad de Zeus, se transformaron en démones subterráneos. Una tercera raza de hombres creó Zeus. Nacían de los fresnos, se dedicaban sólo a la guerra, no comían pan y en sus pechos latía «un duro corazón de metal». No manejaban el hierro, sino el bronce, sus armas y sus casas eran de bronce.

¹ W. JAEGER: *Paideia*, p. 67.

Zeus, arrepentido de haberlos creado, estaba a punto de destruirlos cuando el titán Prometeo, compadecido de su suerte, les entregó una minúscula centella del fuego divino, para que sirviéndose de él no perecieran. Zeus ofendido por ello, maquinó su venganza. Con respecto a los hombres ideó una forma distinta de reproducción, ya no nacerían de los fresnos. Envío a Pandora, una doncella adornada con los dones de todos los dioses, «origen de todo el linaje de las femeninas mujeres». Portaba Pandora una jarra que contenía toda clase de males. Epimeteo, hermano estúpido de Prometeo y personificación de la estupidez humana, la tomó por esposa. Ella, previsiblemente, destapó la jarra, dejando salir los males, que ya no abandonarían jamás a la especie humana. El mito de Pandora explica la instauración del matrimonio como forma nueva de reproducción instituida por Zeus, y da testimonio asimismo, de que la precaria y desgraciada condición de todos los hombres es un castigo ordenado por el dios supremo.

A Prometeo le castigó también de una terrible forma. Encadenado al Caúcaso, yacía el titán, impotente, mientras un águila roía su «hígado inmortal».

La estirpe de los hombres de bronce desapareció por completo. En su lugar creó Zeus la de los héroes, que lucharon al pie de Tebas o en Troya, y que eran de estirpe divina. Se decía que eran semidioses porque los dioses los habían engendrado en las mujeres. En efecto, los héroes nacieron por el mismo procedimiento y de la misma manera que los hombres, siguiendo el nuevo método de reproducción instituido por Zeus. Este hecho, el nacimiento de los hombres-dioses, de los héroes, comportó el final del suplicio de Prometeo, pues uno de ellos, el más grande de todos, Hércules, hijo de Zeus y de Alcmena, derribó de un flechazo al «ave de amplias alas» que lo torturaba, y rompió sus cadenas.

A los hombres no les fue tan bien. Si los héroes supusieron un alivio de males y una exaltación del linaje humano; esa estirpe, desgraciadamente, desapareció de la faz de la tierra. En la edad actual, la cuarta, los males y los trabajos de los hombres sobrepasan con mucho a los bienes y a las alegrías. Es la edad del hierro. Aún es previsible, con todo, esperar otra edad peor aún: «la justicia estará en la fuerza de las manos y no existirá pudor; el malvado tratará de perjudicar al varón más virtuoso con retorcidos discursos y además se valdrá del juramento. La envidia murmuradora, gustosa del mal y repugnante, acompañará a todos los hombre miserables.

Es entonces cuando Aidos y Némesis, cubierto su bello cuerpo con blancos mantos, irán desde la tierra de anchos caminos hasta el Olimpo para vivir entre la tribu de los Inmortales, abandonando a los hombres mortales. A los mortales sólo les quedarán amargos sufrimientos y ya no existirá remedio para el mal». (*Trabajos y Días*, 190 a 200.)

2.2. Fábula del halcón y el ruiseñor

En este enigmático relato se contienen unas palabras concernientes a la naturaleza de la justicia, a la naturaleza de los hombres y a la de sus mutuas relaciones, que es necesario recordar en nuestros días. La advertencia de Hesiodo va dirigida a los reyes, y dice así: «pues esta ley impuso a los hombres el Cronión²: a los peces, fieras y aves voladoras, comerse los unos a los otros, ya que no existe justicia entre ellos; a los hombres, en cambio les dio la justicia que es mucho mejor» (*Trabajos y días*, 275). En la edad actual, en que los reyes «con torcidos veredictos» violan a Dike (la justicia) nadie quiere ser justo, ni quiere Hesiodo que lo sea su hijo, porque ser justo no acarrea mas que desgracias. Espera, sin embargo, que Zeus no consienta en perpetuar una situación tan desesperada.

Advierte a los reyes que esos regalos que reciben a cambio de violar la justicia no serán un bien para ellos porque el mal recae infaliblemente sobre el que lo comete; que, en fin la justicia es el auténtico y verdadero bien tanto para el hombre como para las ciudades.

Nada estará a salvo si no se respeta la justicia, incluso los reyes (quizá representados por el ruiseñor), «por muy cantores que sean», no dejarán de ser víctimas de los poderosos (quizá representados por el halcón), ante cuyos obsequios se rinden.

La injusticia cometida por un particular contra otro la paga el primero o alguno de sus descendientes. Pero, por la injusticia de los reyes se ve afligida toda una ciudad.

La ciudad gobernada por reyes justos prospera en todos los aspectos, se basta con el cultivo de la tierra sin necesidad de aventurarse al negocio marítimo. Finalmente, no se ve afligida por la guerra y reina en ella la paz «nutridora de la juventud».

En la ciudad gobernada por reyes injustos sucede lo contrario

2.3. Ética

La ética hesiódica es muy distinta de la homérica. No hay que olvidar que Homero caracteriza a héroes en el momento de hacer la guerra, adornándoles por tanto, por la cualidades propias de su estirpe y oficio. Los consejos de Hesiodo, por el contrario, van dirigidos a pequeños hacendados, no demasiado buenos, y tratan de mostrarles la forma más segura de vivir en paz.

² El hijo de Crono: Zeus.

Es necesario que los reyes, en primer lugar, desistan de ambiciosos proyectos y entiendan cuánto «más vale la mitad que el todo». (*Trabajos y días*, 40). No son tiempos de conquistar riqueza, sino de hacer productiva la que se tenga, de contentarse con ella y de guardar la paz en las ciudades. La prosperidad vendrá para el que se esfuerce en el cultivo de la tierra. Si, además, es un hombre justo y piadoso, no le faltará sustento ni tendrá que embarcarse para buscar más bienes. El timón se llenará de humo, colgado en la chimenea, en casa del hombre que sabe trabajar la tierra.

El vecino es mejor que el pariente. No sólo porque el pariente pueda vivir lejos y el vecino cercano esté en condiciones de prestar su ayuda más pronto, sino porque el hombre justo tiene en el vecino agradecido mejor amigo que en el pariente. Los ciudadanos que practican la justicia establecen entre sí vínculos más fuertes y ventajosos que los familiares.

Para terminar diremos que los consejos hesiódicos sobre moderación, justicia y amistad, fueron repetidamente glosados, alabados y seguidos por «los hombres de bien» a lo largo de toda la historia griega. Únicamente se desatendieron sus incitaciones al trabajo agrícola. Las ciudades crecieron, se enriquecieron; los esclavos aumentaron y, no mucho después de morir Hesiodo, llegó a considerarse oficio servil no ya la labranza, sino incluso llevar las cuentas de la propia hacienda.

3. LA GRECIA ARCAICA

3.1. Organización de la polis

La aparición de la polis es contemporánea o quizá ligeramente posterior a la sustitución de la realeza por los primeros regímenes aristocráticos, según refiere Aristóteles en *Política* (IV 10-11, 1297b): «El primer gobierno entre los helenos, después de la monarquía, se componía de los combatientes, y en un principio de los jinetes.....pero al crecer las ciudades y fortalecerse los hoplitas fueron más los que participaban del gobierno. Por eso las que ahora llamamos repúblicas, los de antes las llamaban democracias».

Por necesidades bélicas se incorporan al ejército los hoplitas, más numerosos y de peor rango que los caballeros y pasan a desempeñar, por tanto, ellos también, funciones de gobierno. Cercano a este cambio descrito por Aristóteles, se produce otro llamado «sinecismo». Consiste en que diversas aldeas cercanas se comprometan a vivir bajo un mismo régimen político, desistiendo de sus mutuas y antiguas hostilidades, y resolviéndose todas ellas a organizar su futura convivencia en torno a un centro administrativo y a un lugar de defensa común.

El «sinecismo» por el que se crea la ciudad de Atenas se atribuye a una providencia gubernativa del legendario rey Teseo. Tucídides dice que fue él quien persuadió a los diversos núcleos de población a gobernarse de forma unitaria. También distribuyó ese rey al pueblo ateniense en tres clases: los «Eupátridas», nobles terratenientes; los «Georgoi», pequeños propietarios rurales y los «Demiurgoi», artesanos. En los primeros tiempos, tanto los artesanos como los adivinos y los poetas, vivían errantes, sin asentamiento fijo en ninguna aldea; trasladándose de una a otra según su conveniencia. La mayoría de los utensilios se fabricaban en la propia casa, como se ve en Hesiodo, siendo excepcional recurrir a la compra de productos manufacturados: recipientes, herramientas, etc. Con el nacimiento de la polis comienzan los primeros asentamientos fijos de artesanos.

El centro administrativo-religioso se situaba en un lugar elegido por sus cualidades estratégicas. En su recinto amurallado, estaban los altares de los dioses de la ciudad, el tribunal de justicia, y el ágora, plaza donde se reunía el pueblo para deliberar.

Todas las ciudades griegas tienen los mismos órganos de poder: el consejo, reunión menor de los ciudadanos más experimentados que presentaba al pueblo los proyectos de gobierno, y la asamblea, que decidía sobre las propuestas del consejo. Las funciones del poder ejecutivo las ejercían ciertos magistrados, elegidos por uno o los dos órganos o por las tribus.

La diferencia entre los diversos regímenes políticos no venía dada por los órganos de gobierno, que fueron siempre los mismos, sino fundamentalmente por el número y calidad de los pobladores admitidos a la ciudadanía, por el empleo de unos mecanismos u otros en la adjudicación de cargos, en la selección de votantes y en el sistema de votación. Todo lo veremos en detalle al estudiar la *Política* de Aristóteles. Todos los ciudadanos podían y debían concurrir a la asamblea. En las ciudades con régimen aristocrático los requisitos de ciudadanía eran más estrictos, se limitaba ese derecho a los hijos de los ciudadanos. En las oligarquías, el requisito para acceder al cuerpo cívico era contar con un mínimo, bastante elevado, de recursos. En las democracias el límite económico era menor o no existía.

Es importante hacer notar que en la conformación de las «poleis» el factor territorial era secundario con respecto al genealógico. El hecho de vivir o nacer en una ciudad no otorgaba el derecho a la ciudadanía, salvo en casos excepcionales. La regla era que ese derecho se transmitiera de padres a hijos.

El papel que jugaron las organizaciones familiares pre-estatales en la conformación de la polis, fue grande y permaneció a lo largo de toda su historia.

En lo que se refiere al orden político, la unidad básica fue siempre la familia (oikía) no el individuo. El padre de familia era, fundamentalmente, el sujeto de derechos y obligaciones políticas. Las mujeres, los hijos y los siervos, tutelados por él, se consideraba que estaban representados por él en la

asamblea o en el consejo. No obstante, el gobierno de la casa y su decoro también fueron objeto de reglamentación en las legislaciones. El gobierno familiar debía llevarlo el jefe de la casa según las leyes de la ciudad, no a su antojo.

Las diversas familias que pretendían descender de un antepasado común, se agrupaban en tribus. Contaba la tribu, «filé», con su propio jefe, «filarca»; su culto propio, caja común y órganos deliberativos y gubernativos. Los jonios se dividían tradicionalmente en cuatro tribus; los dorios en tres.

Otra agrupación sub-política, de origen y naturaleza poco conocidos, era la «fratría». No parece de origen gentilicio, quizá proceda de antiguas agrupaciones de herreros o guerreros unidos bajo el culto común a Atenea.

En la época clásica, en Atenas, Atenea sigue siendo la diosa protectora de la «fratría»; Zeus, del recinto amurallado, e Ión, hijo de Apolo, es el fundador del linaje jonio.

La «fratría», también organismo autónomo, jugó un papel importante en la formación de la polis. En ella inscribían los ciudadanos a sus hijos, y estos registros de la «fratría» eran la base de los censos. Nadie que no hubiese sido registrado en ella era considerado ciudadano.

Los modos de gobernarse de estos organismos intermedios, que procedían de tradiciones muy antiguas, pueden chocar en ocasiones con las normas, relativamente más recientes de la vida ciudadana. Las relaciones, «costumbre-ley» o «leyes de los dioses-ley de la ciudad», con sus diversos momentos e incidencias, son tema de muchas obras literarias. Un lugar donde se muestran en conflicto ambas normativas es en la *Antígona* de Sófocles.

El poder ejecutivo, el mando del ejército y ciertas funciones sacerdotales, que antaño fueran los cargos propios del rey, en las primeras repúblicas aristocráticas pasaron a ser desempeñados por funcionarios electos. Al principio, de forma vitalicia, más tarde por un determinado lapso de tiempo.

3.2. Anfictionías y ligas

Ciertos hombres principales, del mismo linaje, procedentes de distintas ciudades; se reunían periódicamente entorno a un santuario, fundado o protegido por ellos, en el que se rendía culto al dios fundador o protector del linaje. Estas reuniones se llamaban «anfictionías», en ellas se trataron cuestiones políticas que rebasaban el ámbito de la polis.

Los jonios asentados en la costa asiática y en las islas, fundaron el templo de Posidón Heliconio, cerca de Platea, donde se celebraba la fiesta común, Panionia, y las reuniones de su «anficionía». Fruto de estas reuniones fue la «Liga Jonia», que comienza a funcionar hacia el s. IX a.C. y consiste en una alianza estratégica abierta a todas las ciudades cuyos pobladores pertenecieran a esa estirpe. Esta liga jugó cierto papel en la guerra de Jonia contra Persia;

cuyo final fue la conquista de todas las ciudades griegas de Asia Menor y de las islas durante los reinados de los reyes persas Ciro y Darío.

La anfictionía beocia celebraba sus reuniones en el templo de Posidón en Onquesto. Dió origen a la Liga Beocia sobre cuyas actividades se conoce poco. Los aqueos se juntaban en Aiyón, en el templo de Démeter Panaquea. Las seis ciudades dóricas de Asia Menor lo hacían en un santuario cercano a Gnido, donde se veneraba a Démeter y a Apolo Arquegeta (fundador de la raza).

Los jonios de las islas Cícladas eligieron por sede de su «anfictionía» el templo de Apolo en Delos, isla central. Esta «anfictionía» comenzará a tener relevancia política a partir del año 477 a.C., cuando se designa a Delos como depósito de tesoro y lugar de reunión de la liga marítima Delo-Ática.

Una anfictionía muy antigua en la que se agruparon pueblos de Tesalia, Grecia Central y el Peloponeso, dio origen a la Liga del Peloponeso. Al principio el lugar de reunión era el templo de Démeter Anfictione, en la ciudad tesalia de Antela, cerca de las Termópilas. En el s. VII a.C. se concertó un acuerdo de este santuario con el del Delfos, y las reuniones se celebraban alternativamente el Delfos y en Antela.

Los etolios que acompañaron a los dorios en la conquista del Peloponeso (1100 a.C.), organizaron la «Anficionía Olímpica» en Élide, en el recinto de un antiguo templo consagrado a Zeus. Una de las competencias de esa anficionía fue organizar los grandes juegos pan-helénicos, en honor a Hércules, que se celebraban allí cada cuatro años, los Juegos Olímpicos u Olimpiadas. Estos juegos, a los que concurrían los mejores atletas de toda Grecia, eran tan importantes que durante su celebración se decretaba tregua general. El triunfo en cualquier modalidad, honraba sobremanera al vencedor y a su ciudad de origen. La datación cronológica se computaba por las Olimpiadas.

Las anficionías, reuniones interciudadanas de carácter federativo, en cuyo seno se forjaron las ligas, hubieran podido producir entidades políticas más amplias que la mera ciudad. No fue ese el resultado, como tampoco fue esa la intención de las reuniones. Ninguna ciudad griega renunció nunca voluntariamente a su soberanía con miras a obtener un mayor poder. El fin de la polis no era el dominio, sino la vida feliz de sus habitantes, como certamente lo definió Aristóteles. Esa felicidad, tradicionalmente, se cifraba en la posibilidad real de intervención política de los ciudadanos. Por otra parte, dicha posibilidad de intervención directa en los asuntos públicos, va ligada necesariamente a unas dimensiones reducidas de la ciudad. Dentro de las ligas, cada ciudad conservaba su capacidad de decisión, con derecho igual para todas ellas de convocatoria y veto. Ni siquiera cuando estuvo el ejército persa tan cerca que se podía ver desde la plaza del pueblo (540 a.C), renunciaron las ciudades a su independencia, por eso, en parte, fueron conquistadas todas.

La Liga del Peloponeso, reunida al amparo de la potencia militar espartana, conservó siempre ese carácter antiguo de alianza estratégica, no fue nunca un imperio.

El consejo de la Liga se reunía a instancia de cualquiera de sus miembros, cuando alguno se sentía amenazado o era agredido por otra potencia. Las decisiones que se tomaran respecto al modo de intervención militar y cuantía de tropas que habían de ser enviadas, debían ratificarse en la reunión general, con la aquiescencia de todos los estados miembros. Allí se determinaba igualmente la cantidad de dinero que cada uno aportaría. La Liga del Peloponeso nunca tuvo tesoro común. Esparta, como hemos dicho, fue la potencia hegemónica bajo cuya protección se pusieron diversas ciudades de la Grecia Central y del Peloponeso. La dignidad de «hegemón» comportaba la obligatoriedad de prestar ayuda militar a cualquiera de los aliados, a título particular. Sin embargo, la potencia hegemónica no podía decidir libremente según su conveniencia cuándo tenían que entrar en guerra las tropas de la liga, ni qué ciudades debía aportar esas tropas. Esas decisiones se tomaban en la asamblea común.

Con todo, respetando tan severas restricciones, Esparta, al frente de la Liga del Peloponeso, logró asentar su poder y convertirse en la primera potencia militar de toda Grecia. Se hizo temible, incluso para enemigos mucho más poderosos, y conservó su territorio libre de invasiones y saqueos durante varios siglos.

La Liga de Delos, creada dos siglos más tarde (477 a.C.), a raíz de las victorias sobre el Persa en la Segunda Guerra Médica, tuvo un carácter distinto y también un objetivo distinto. En rigor, puede hablarse de un imperialismo ateniense al frente de esa liga, cuyo carácter odioso recalcaron sus enemigos y del cuál trataron ellos de justificarse. El imperio incontestable que sobre el mar tenía, por obra de su invencible escuadra, cimentó la prosperidad de Atenas durante los años que median entre el 477 a.C. y el 406 a.C. en que Atenas fue derrotada por Esparta y su armada destruida por la espartana en la batalla de Egospótamos.

De las reuniones anfictiónicas surgieron ciertos acuerdos generalmente respetados sobre la observancia de algunas limitaciones en el empleo de la fuerza durante la guerra, que podrían considerarse germen del derecho internacional. Los más representativos son los siguientes:

- 1.º Todas las ciudades de una alianza deben considerarse iguales.
- 2.º Ninguna ciudad griega puede destruir una stirpe griega.
- 3.º No es lícito privar de agua a una ciudad sitiada.
- 4.º A toda guerra debe preceder un arbitraje. Si las soluciones no son aceptadas el inicio de las hostilidades debe ser precedido por una declaración formal de guerra.
- 5.º Una vez finalizado el conflicto, las represalias no son lícitas.

4. LAS COLONIAS

Hacia el final del s. VIII a.C. tiene lugar en ciertas ciudades griegas un fenómeno migratorio llamado colonización.

La colonia antigua puede definirse como el asentamiento de una población organizada en un territorio distinto al de origen, con objeto de formar una nueva ciudad. El futuro fundador «oikistes», jefe de la expedición, lleva consigo la memoria de las tradiciones y cultos patrios, amén de una buena dosis de valor y de gente armada.

La elección del lugar no es caprichosa, sino, por lo general, fruto de un plan orientado a remediar las deficiencias de la ciudad de origen.

Las ciudades iniciadoras de la aventura colonial, que dura aproximadamente un siglo, son las que cuentan con menos tierras cultivables. Este hecho les incita a mirar el negocio marítimo como fuente alternativa de recursos, haciéndose con una flota de cierta importancia. Son ciudades que emprenden desde muy pronto actividades industriales y mercantiles, y cuya población no integrada en el orden tradicional aumenta. La causa alegada para la colonización es la escasez de tierra, «stenojoria». Este concepto debe matizarse. No quiere decir que se haya hecho imposible por el aumento vegetativo de la población, seguir viviendo del producto de la tierra; sino que no hay tantas parcelas de tierra como hombres que aspiran a tenerlas. La propiedad de la tierra estaba ligada al régimen familiar y los habitantes de la polis que, por la circunstancia que fuera, no estaban en condiciones de heredar la tierra, tampoco podían comprarla. La venta de tierra estaba, por lo general, sujeta a severas restricciones, en algunas ciudades estaba prohibida. Como el ideal de vida por otra parte, era ser ciudadano, propietario de tierras y coparticipante del régimen político; los no propietarios de tierra, no los pobres, fueron los que emprendieron la empresa colonizadora. Su fin era reproducir en otra parte el mismo orden de su polis de origen, sólo que esta vez ellos serían los ciudadanos más distinguidos. Como se ve por lo dicho, la colonización antigua es un producto del régimen aristocrático y constituye una propagación de sus modos de gobierno en distintos lugares. Las ciudades que iniciaron el proceso colonizador fueron Calcis, Eretria y Cime; después, Mégara y Corinto, y, finalmente, Mileto. Los lugares elegidos: península Calcídica, Tracia, costa sur oriental de Italia y Sicilia, mar de Mármara, mar Negro y Egipto. La colonia más antigua, fundada por los de Cime en Italia (750 a.C.), fue Cumas.

Era usual, antes de emprender la aventura, efectuar la debida consulta de un oráculo. Unas veces, se preguntaba al dios sobre el proyecto ya formado, y otras, la deidad misma se anticipaba, aconsejando la colonización de tal o cual territorio a alguien que había ido a consultar por otro motivo. Un santuario muy consultado, aunque no el único, fue el de Apolo Delfico; la actividad desarrollada por él durante la colonización, contribuyó a su prestigio.

Los santuarios eran en la antigüedad centros de información de primer orden, además de entidades financieras muy importantes. Podían prestar dinero para sufragar éstas u otras empresas. El interés que cobraban era del 10%.

Debe distinguirse la colonización antigua de otros fenómenos migratorios más recientes y de distinta naturaleza: el «emporio» y la «cleruquía». El emporio era un enclave mercantil y la cleruquía consistía en el envío de tropas para que se asentaran en otra ciudad, con orden de vigilar el régimen e intervenir militarmente si se producía alteración adversa a los intereses de la potencia que la enviaba. Mileto fundó emporios en toda la costa del mar negro. Atenas, durante su mandato al frente de la Liga Ática envió «clerucoi» para vigilar y proteger al partido democrático en las ciudades que le pareció conveniente. En ambos casos, los nuevos asentamientos dependían de la metrópoli.

En la colonización antigua, la ciudad nueva era independiente, y aunque fuese de rigor otorgar trato deferente a los enviados de la ciudad madre, «episcopoi»; no era infrecuente que ambas ciudades se enemistasen y se declarasen la guerra.

No hay que perder de vista el carácter militar de la empresa colonizadora, en general. El territorio que había de ocuparse tenía que ser conquistado o, en cualquier caso, defendido de vecinos hostiles. Una vez que conseguían vencer las dificultades y se asentaban, se medía la tierra a cordel, se dividía en lotes y se repartía. Al jefe de la expedición le correspondía un lote más grande y el resto de los que le acompañaban lo recibían iguales. Se dedicaba un lugar para el culto a los dioses y otro para el gobierno y la administración, lo mismo que en la ciudad madre. Los colonos tendrían, en adelante, el deber de defender esa ciudad y el derecho a gobernarla. Son los ciudadanos de esa ciudad. Es digno de notar que los primeros legisladores griegos surjan precisamente en el ámbito colonial. En efecto, en la colonia, por la escasez de nobles, concedores de los buenos usos y costumbres, se ve como necesaria la legislación escrita. Las primeras leyes escritas son obra de Zaleuco de Locros y Carondas de Catania, que vivieron en el s. VII a.C. Es en las colonias donde por primera vez la ley de la ciudad, conocida por todos, sustituye en aspectos importantes al derecho familiar, cuyas normas conocían sólo las familias nobles.

Hacia los comienzos del s. VII a.C., la ciudad doria de Paros, situada en la isla de Rodas, fundó una colonia, Tasos. Estaba situada en una isla también, frente al monte Pangeo, rico en yacimientos de oro y plata, en la costa tracia.

Los tracios, «de moño alto», fueron un pueblo cuya ferocidad en la guerra llegó a hacerse proverbial. Uno de los que participó en la colonización rodia de Tasos y en las luchas con los tracios fue el poeta lírico Arquíloco de Paros (650 a.C.).

Se gloria de ser el primero que introdujo en la isla el cultivo de la vid y el culto a Dioniso: «sé cómo dirigir la hermosa canción de Dioniso soberano, el ditirambo, con la cabeza herida por el rayo del vino». Arquíloco era hijo de

uno de los aristócratas parios que conquistaron la isla de Tasos y de una esclava tracia.

En Paros, donde le hubiera gustado vivir, no podía hacerlo. En razón de su origen espurio no tenía derecho a heredar una parte de los predios paternos. Se embarca en la aventura colonial uniéndose a «la pesadumbre de Grecia», es decir, a otros muchos que se encontraban en su misma situación. Para fundar ciudades no había remilgos respecto a la ascendencia de cada uno. Arquíloco pregunta «¿dónde se reúne el ejército?», sabiendo qué clase de hombres formaban ese ejército. Ellos, aunque instruidos y armados de la misma manera que los hoplitas, defensores de la ciudad, tienen de la guerra una idea distinta y complementaria. No luchan para conservar su patria, porque no la tienen, sino para conquistar otra nueva, aunque no les guste: «Tasos, como de un asno el espinazo se yergue, y la corona el monte inculto. ... No es un lugar hermoso que me atraiga».

Para esos hombres, todo lo que pueden obtener de la vida depende de sus fuerzas: «todo a un mortal se lo hacen su esfuerzo y humano cuidado». Ningún dios, en los remotos tiempos, se unió a una mortal para fundar la estirpe de Arquíloco y otorgarle la posesión legal de un pedazo de tierra. Sabe que su familia comienza y quizá termine también, si no vigila, en sí mismo: «Yo me gano mi pan con mi lanza, y mi vino de Ismaro, con mi lanza; y duermo apoyado en mi lanza».

No cree en el principio de igualdad: «No es una la naturaleza humana»... Sabe que los hombres ni son, ni pueden ser iguales. Vano serán los intentos legislativos, que partiendo de un principio igualitario equivocado pretendan conseguir en las ciudades una masa homogénea de hombres, que se conformen con lotes iguales, que luchen igual, que vean el mundo de la misma manera. Un hombre lucha sólo por sus intereses, y hay tantos intereses como hombres: «Cada cual a su modo encanta el ánimo».

En cuanto a la amistad, otro principio fundamental del ideario político griego piensa esto: «Un mercenario es amigo, Glauco, mientras combate».

De la «eunomia», hermana de la paz, ni habla. Él fue un desaforado luchador durante toda su vida. Se enemistó con todos, no estuvo en paz con nadie. Luchó contra los tracios, contra los notables de su ciudad, escarneció al hombre que no quiso darle a su hija en matrimonio. En fin, por su audacia e indomable valor era un hombre que hubiera podido llegar a ser un tirano. Sin embargo, él mismo dice no sentirse tentado por la tiranía, no «encantaba» su ánimo esa perspectiva. Se sentía demasiado libre, demasiado por encima de esa esfera del poder político y de la ambición.

Siente que, a pesar de ser un hombre anárquico y atrabiliario, ha recibido de Zeus un don egregio: su propia vida y el dominio sobre ella. No lamenta vanamente su suerte, sino que con su esfuerzo trata de remediar la obra de la fortuna. No se deja abatir por su miserable condición de bastardo ni por-

que le llamen mercenario, sino que ofrece a los hombres, con su vida, un ejemplo que también es sagrado. Él no se considera injusto, sino representante de la divina Némesis, sus obras son justas también. Representa al tipo de hombre del que toda ciudad querría verse libre y que, sin embargo, forma parte de los planes que los dioses tienen para las ciudades. Ellos fueron los que llevaron el esfuerzo de la colonización, los que después, apoyaron las tiranías, y los que inventaron las democracias.

Tampoco el ideal homérico de la «areté» queda a salvo de su crítica demolidora. El hombre fuerte y hermoso de cuerpo no es necesariamente valeroso y buen jefe, aunque los hombres lo crean así. Como Arquíloco se dedica a la guerra, sabe que más bien lo contrario es lo cierto: «No quiero un jefe altivo, ni que ande dando trancos, ni ufano con sus rizos, ni raso encima del labio; dadme uno que parezca menudo y patizambo, y que hínque el pie y que sea de corazón sobrado».

Conoce también las leyes que gobiernan los hechos del «sangriento Ares». Sólo son dos. La primera dice así: cuando los compañeros son muchos y el enemigo poco numeroso, es el momento de atacar. «Pues mil fuimos los que dimos muerte a siete cuerpos allí tendidos que alcanzamos corriendo». La segunda prescribe que, cuando se den las circunstancias contrarias, lo adecuado es salir corriendo: «Un tracio es quien lleva ufano mi escudo, lo eché sin querer junto a un arbusto, al buen arnés sin reproche, pero yo me salvé ¿qué me importa a mí aquel escudo? ¡Bah! lo vuelvo a comprar que no sea peor». Unos trescientos años después, Critias, uno de los seguidores de Sócrates y primo de Platón, comentando este poema, dijo que Arquíloco había sido mal testigo en su propia causa. Que si no hubiese narrado el incidente del escudo nadie conocería su infamia. Pero es que Arquíloco escribió ese poema precisamente para que se enterase todo el mundo. Para mostrar en él que la propia vida no sólo es valiosa en sí, sino insustituible para cada uno. Que todo hombre debe medir muy bien y, por sí mismo, la causa y el momento de entregarla. Que, en cualquier caso, todos han tener presente este hecho incontrovertible: «Nadie, de honor y fama, una vez muerto goza entre sus convecinos... el muerto lo peor de todo siempre y en todas partes sufre».

Estos fueron los divinos misterios que reveló, en su calidad de poeta este «siervo de Enialio³ y experto en el amable don de las musas».

5. LA TIRANÍA

La tiranía era una situación prevista y temida por la ideología política tradicional griega. Aunque su causa era bien conocida, no por ello podía evitarse.

³ Enialio: dios de la guerra. Nombre alternativo de Ares.

El poeta Alceo (600 a.C.) se lamenta: «Ojalá que otra vez nos olvidemos de esa rabia y arriemos la discordia que el ánimo corroe y las facciones civiles que suscita algún olímpico y llevan el pueblo a la ruina, dándole a Pítaco la deseada gloria».

Cediendo a la Eris mala, a la envidia, al mal deseo de emulación, los nobles ciudadanos luchan entre sí por la primacía, en vez de vivir en amistad y concordia. Esa injusticia es castigada, como dijo Hesiodo, con un doble azote de la divinidad: la guerra civil, que arruina al pueblo, pues la injusticia de un solo hombre público es pagada por todos; y, finalmente, la tiranía, el mando de uno solo, que deben soportar los que aspiraban al poder. Alceo ha visto producirse dos veces este fenómeno, la misma concatenación inexorable de hechos, en su propia ciudad, en Mitilene de Lesbos. Muchos nobles se juramentaron para luchar contra Mirsilo, el que mandaba entonces. Después de derrotarlo lucharon entre sí, cediendo a Eris, ahora, uno de los antiguos juramentados, Pítaco, que se jacta vanamente de pertenecer a la estirpe de los Atridas, es el tirano.

En fecha posterior, pero en términos parecidos, también el historiador Herodoto «teoriza» sobre el cambio de régimen: «En una oligarquía, al ser muchos los que empeñan su valía al servicio de la comunidad, suelen suscitarse profundas enemistades personales, pues como cada uno quiere ser por su cuenta el jefe e imponer sus opiniones, llegan a odiarse mutuamente unos a otros; de los odios surgen disensiones, de las disensiones asesinatos, y de los asesinatos se viene a parar a la monarquía»⁴. Solón expresa también ideas parecidas.

Esta explicación arcaica del cambio político, que arranca de Hesiodo y traspone conceptos morales al ámbito político resulta poco satisfactoria por dos razones: en primer lugar, no es suficiente ni siquiera desde el punto de vista moral, pues el agente de la injusticia puede ser, y de hecho lo fue, el que se alce con «el premio» de la tiranía; de modo que sufren el supuesto castigo divino todos menos él. Tampoco como explicación positiva de un hecho satisfase, no detalla que tipo de rivalidades atraen la tiranía, pues no todas las luchas entre nobles la llevan consigo, y no siempre.

Unos años más tarde, Tucídides matiza esta teoría tradicional, de manera que a través de sus palabras podemos aclarar esos puntos oscuros: «Al hacerse Grecia más poderosa y dedicarse todavía más a la adquisición de riquezas, en la mayoría de las ciudades se establecieron tiranías con el aumento de los ingresos»⁵.

Es, pues, el aumento de la riqueza y no el castigo divino a la injusticia de un hombre público, la causa de la tiranía. El nexos causal se puede establecer

⁴ HERODOTO: *Historia*.

⁵ *Historia de la Guerra del Peloponeso* I 13, 1.

de forma empírica, pues se comprueba que infaliblemente ambos fenómenos están asociados y el aumento de la riqueza precede siempre a la tiranía. Las tiranías más antiguas se establecieron en las ciudades de Asia Menor, sobre todo en Mileto, la reina de Jonia, la más próspera y emprendedora de todas. Progresivamente, y siguiendo al aumento de riqueza, la tiranía se extendió también a las ciudades del istmo de Corinto: Sición, Corinto y Mégara. Las tiranías de Pisistrato en Atenas y de Polícrates en Samos, son posteriores, pero precedidas del consabido aumento de riqueza.

No fue el dominio persa sobre Jonia la causa de que la tiranía prosperase. Cuando Ciro conquistó el territorio, todas las ciudades se hallaban ya gobernadas por tiranos. Al rey le resultaba indiferente el tipo de régimen que imperase en las ciudades sometidas, sólo les interesaba que estuviesen en paz para cobrar tranquilamente el tributo. Como los tiranos estaban allí y se comprometieron a garantizar la paz, los persas protegieron sus regímenes. Más tarde, tras la revuelta de Aristágoras de Mileto, Darío comprendió que ya no podía confiar en ellos. Entonces depuso a todos e instituyó regímenes igualitarios en las ciudades de su dominio.

Parece que no se divisa otro culpable de las tiranías griegas sino el aumento de la actividad mercantil con el consecuente aumento de la riqueza. Esta riqueza, no obtenida de la tierra, se presenta como un elemento desestabilizador del antiguo régimen aristocrático. Por una parte, confunde a los «buenos» con los «malos»⁶. Porque «son ricos muchos malos y hay buenos muy pobres» dirá Solón en vísperas de la tiranía ateniense. Algunos nuevos ricos acceden a la primera clase por medio del matrimonio. El poeta Teognis de Mégara (s. VI a.C.) amonesta a los nobles para que desistan de esa práctica, por lo demás bastante extendida, de casar a sus hijas con ricos de oscura progenie, con «kakoi» enriquecidos.

Estos consejos, por supuesto, caen en saco roto y las viejas aristocracias agrícolas se transforman de hecho en plutocracias en cuanto aumenta la actividad marítima. Por otra parte, el gobierno de uno sólo interesa más en este nuevo contexto social que el antiguo gobierno igualitario. Garantiza el orden y la estabilidad; permite y fomenta el establecimiento de puntos fuertes situados a lo largo de las rutas comerciales. De hecho, la gran colonización milesia del Mar Negro fue obra de los tiranos. No obstante, la fuerza política del tirano, la que lo alza y sostiene, es el pueblo, no los plutócratas.

El aumento de capital mercantil lleva consigo un aumento de población no integrada en el orden familiar. Es este elemento nuevo el que, junto con las luchas de los poderosos por la preponderancia política, produce la tiranía.

⁶ «Agathoi», que se traduce como buenos, debe entenderse en el sentido de «nobles» y «kakoi», traducido como «malos», y tiene el sentido de plebeyos.

La tiranía tuvo entre los griegos una «mala prensa» que muchas veces no se correspondía con los hechos. La causa de esta mala reputación hay que buscarla en el hecho de que la tiranía abate la mayor parte de los principios ideales que sustentaban el régimen aristocrático. El reproche fundamental no es la ilegitimidad. No todos los tiranos acceden al poder por la fuerza. El caso de Pítaco de Mitilene, antes mencionado, es un buen ejemplo. Otras veces, como en el caso del ateniense Pisístrato, que sí se impuso por la fuerza, el gobierno tiránico fue la mejor garantía de que la legalidad se cumpliera, porque liquidó las guerras civiles. Pero no se trata de legitimidad o ilegitimidad, eso no es lo más importante, sino de los fundamentos teóricos de un gobierno u otro.

Frente a la autarquía tradicional, el tirano promueve una política expansionista. Frente al poder económico del propietario agrícola, fomenta el desarrollo del capital mercantil. Frente al precepto de homogeneidad y limitación del número de ciudadanos, el tirano promueve su heterogeneidad y su aumento. Una maniobra típica de los tiranos fue modificar las tribus tradicionales con el objeto de incluir en ellas nuevos ciudadanos. Estos nuevos ciudadanos, sobra decirlo, son los que apoyan sus proyectos. Por último, a la moderación de la república que se contenta con lo necesario, opone el tirano la ambición de la ciudad que ensancha sus límites y no se sacia de ganancias.

Con la tiranía, por otra parte, aumenta vertiginosamente el gasto público. Realizan obras grandiosas de gran utilidad y patrocinan o inventan grandes fiestas comunes. Las Panateneas y las Grandes Dionisiacas fueron promovidas en tiempos de la tiranía de Pisístrato.

El dinero necesario para estas cosas no provenía sólo de las «liturgias», impuesto tradicional pagado por los ricos, sino que procedía del impuesto sobre mercancías. Con el producto del tráfico marítimo el tirano «mimaba» al pueblo proporcionándole trabajo y diversión. Un pueblo bien alimentado es la mejor guardia personal del tirano. Si el pueblo está contento el tirano estará seguro.

Por obra de los tiranos, pues, el pueblo se configura en la historia de Grecia como una fuerza política de cuyo concurso será imposible prescindir en adelante. Precisamente, uno de los reproches más frecuentemente dirigidos contra el tirano será el mal trato dado a los «mejores» hombres, la mayor parte de ellos exiliados y otros incluso ejecutados por él de forma arbitraria. Solo los «peores» hombres le rodean, aquellos que no vacilan en adularle para alcanzar, por su favor, la elevada posición que no merecen ni por su alcurnia ni por su virtud.

La vieja noción aristocrática de libertad, entendida como posibilidad personal de intervención política dentro de la legalidad, es corrompida también por el tirano. Los ciudadanos se han convertido en súbditos. Todos sospechan

de todos, nadie se atreve a expresar su verdadero pensamiento, y las decisiones que atañen a lo público sólo las toma él, el usurpador; la libertad se ha convertido en libertinaje de esclavos y de mujeres.

Ahoga, finalmente, el tirano la noción misma de patria, de ciudad. La ciudad es de todos y para todos. A todos compete su gobierno con arreglo a la ley, pero en la tiranía sólo uno gobierna y administra. Tampoco es posible la amistad entre los ciudadanos, nadie sabe bajo qué apariencia se encubre el delator. Sólo quedan la suspicacia y el aislamiento.

La tiranía, en fin para los ideólogos de la aristocracia griega, y no hay que perder de vista que la práctica totalidad de los autores cuyos textos podemos leer pertenecen a este grupo; es la ilegalidad misma, porque destruye los supuestos básicos de toda legalidad. Este tipo de gobierno se considerará siempre, por próspero y benéfico que sea; como una plaga, como un castigo.

Esparta fue uno de los pocos estados griegos que jamás conoció la tiranía. Vivió siempre «de espaldas al mar» y no se operaron en su seno los cambios sociales que dieron lugar a la aparición de la tiranía en otros sitios. Según su propio concepto, que es el tradicional griego, la extrema moderación que les caracterizaba fue lo que les salvo de entrar en la rueda funesta de «ambición-hartazgo-hybris-guerra-tirano», que otras ciudades sufrieron. Durante toda su historia fue una república aristocrática, azote de tiranos.

Conceptos tales como «libertad», «igualdad», «amistad»; no son en principio reivindicaciones populares. El hecho de dar por sentado que lo son, hace confusas las explicaciones del cambio político en la sociedad griega. La aparición de una masa de pobladores, no integrada en el orden tradicional y socialmente significativa, no puede situarse antes del comienzo de una actividad marítima y mercantil de cierta entidad. La conciencia que adquiere el pueblo de su propia importancia política, es obra de los tiranos, aunque a algunos pueda resultar paradójico este hecho.

La política de las ciudades en las que esa masa se integra en el cuerpo social, como sería el caso de la Atenas democrática, se va definiendo cada vez más no sólo como diferente, sino incluso como antagónica de la política republicana tradicional.

6. ESPARTA

Se jactaban los espartanos de haber obedecido las leyes de Licurgo (s. IX a.C.) fielmente durante toda su historia. Atribuían la continuidad de su régimen político y forma de vida a su inquebrantable fidelidad a las leyes de Esparta.

En la versión del poeta Tirteo, fue el mismo dios Apolo quien les dio esas leyes. Consistían más bien que en preceptos, en admoniciones o indicaciones

de tipo general, en sentencias escuetas pero llenas de sentido e intención «retrai», que la divinidad prohibió escribir. Las leyes espartanas, con ser las mejor servidas, no estaban grabadas en tabla o piedra, sino en el corazón de los ciudadanos.

Tres ideas son el fundamento de la república lacedemonia: la buena educación, el menosprecio de la riqueza y el amor a la patria.

6.1. La buena educación

El niño espartano, a partir de los siete años de edad, era educado en común con sus compañeros a cargo de la ciudad.

La «agogué» espartana comprendía diversas etapas según la edad. Era competencia de maestros especializados en parte, pero en lo referente al buen orden, virtud y decoro, cualquier ciudadano podía intervenir y reprender al joven que faltara en algo.

Existía en Esparta una curiosa institución que se creía importada de Creta, y que después se extendió por toda Grecia, permaneciendo a través del helenismo mientras duró la Antigüedad Pagana.

Cada muchacho joven (amado) contaba con un protector particular y amigo (amante) de más edad, que lo ayudaba durante su formación y encendía en él el amor a la virtud. Lo más vergonzoso para un espartano era actuar con cobardía en presencia del amante. Sobre el origen y verdadero carácter de esta institución se sabe bien poco. Sus resultados, en lo que se refieren al orden y a la disciplina militar fueron inmejorables.

Por medio de la educación, obra conjunta de buenos maestros, buenos ciudadanos y buenos amigos; el joven aprendía las primeras letras, todo lo referente a las Musas, danza, gimnasia, buena conversación, la disciplina militar, las leyes de la ciudad y el orgullo de su defensa.

6.2. Menosprecio de la riqueza

Viendo Licurgo que es el dinero y la desigualdad que trae consigo en el reparto de los bienes la mayor causa de discordia entre los ciudadanos, decidió suprimir su uso como valor universal de cambio. Puso en circulación una pesada moneda de hierro, de poco valor en sí misma y difícil de transportar. Repartió nuevamente las tierras entre las familias y promulgó una serie de leyes suntuarias, de obligado cumplimiento, tendentes a desterrar de la vida diaria todo lujo y ostentación. El resultado fue una sociedad autosuficiente de iguales que se contentaba con lo necesario. Este sustento necesario se proveía de sobra con la producción agrícola del territorio que ocupaban: el valle del Eurotas, en la península de Laconia y la llanura de

Mesenia al oeste del Taigeto; cuyos campos labraban sus antiguos pobladores sometidos militarmente.

Habitaban Esparta, además de los espartiatas dos tipos de pobladores que le superaban ampliamente en número, pero que no tenían derecho de intervención política: los «hilotas» y los «periecos». Los hilotas eran siervos del estado. Algunos trabajaban en las tierras comunes o en las obras públicas y otros cultivaban los predios de los particulares. No podían ser muertos ni emancipados legalmente, sino por decreto público. Pagaban a los espartiatas, para los que trabajaban, cierta porción anual de la producción agrícola, fuera de lo cual no se les podía exigir nada más. Les estaba permitido efectuar trabajos remunerados. Los hilotas adjudicados al servicio de un particular, acompañaban a su señor en la guerra, ocupándose de transportar la impedimenta⁷. Cuando era necesario, servían en el ejército como tropa de infantería ligera, formando detrás de los hoplitas. Los periecos iban a la guerra como hoplitas, pero en segundo lugar. Los hilotas eran los encargados de recoger el botín, ocupación que los espartanos consideraban indigna. Como tampoco supervisaban la recogida, muchos hilotas se hicieron ricos con el oro arrebatado a los persas en la Segunda Guerra Médica.

Es fama que los espartanos no llegaron a gobernarse nunca de forma unitaria, sino federada. No hubo sinecismo, sino que vivían en aldeas dispersas «a la manera antigua de Grecia»⁸. Se cree que los periecos eran los antiguos pobladores aqueos que habitaban fuera de las aldeas (obai) espartanas. Su estatuto jurídico es poco conocido. No eran siervos como los hilotas, pero no tenían plenos derechos políticos, aunque sí ocupaban algún cargo subsidiario. Les estaba permitido dedicarse a oficios vedados por la ley a los espartiatas, tales como la artesanía y el comercio.

Los espartiatas se ocupaban sólo de estar preparados para la guerra, de cumplir las funciones públicas que les tocase desempeñar y de convivir entre sí amigablemente con ocasión de los numerosos actos públicos y de las «comidas en común», institución espartana muy alabada. Estaba mal visto, incluso ocuparse personalmente en la administración de la propia hacienda, que quedaba también en manos serviles. Cada espartiatas debía mantenerse con el producto de sus tierras y pagar con ello la parte que le correspondiese de las comidas públicas. Estas, aunque frugales, eran continuas, y llegó a darse el caso de que algún ciudadano no pudo pagar el escote.

La política espartana que conoció una época expansiva hacia el s. VII a.C. fue más bien aislacionista a partir del siglo siguiente, una vez conseguida la preponderancia en el Peloponeso (544 a.C.).

⁷ La armadura completa de un hoplita, «panoplia», constaba de: casco, coraza, escudo, grebas y protección del pie. Además llevaban lanza, espada y arma corta. Pesaba unos 30 kilos.

⁸ Tucídides: *Historia de la Guerra del Peloponeso*.

Además de las guerras con Mesenia, región conquistada pero cuyos habitantes no se resignaban al yugo, y se sublevaban periódicamente; las guerras ocasionales con Argos (al NO), por la ocupación de la llanura cerealista de Cinuria, y el intento fallido de extenderse hacia el norte y conquistar Arcadia; cuyo fin era más bien asegurarse la autarquía y unas fronteras seguras; los lacedemonios no tuvieron ambición imperialista alguna. Renunciaron a llevar la guerra lejos de su territorio, no fundaron colonias, no se dedicaron al tráfico marítimo ni aspiraban al dominio del mar. No contaron con flota propia importante hasta bien avanzada la Guerra del Peloponeso (433-404 a.C.), y ello obligados por unas circunstancias especialísimas. No les tentaba la curiosidad de conocer nuevas tierras, ni la ambición de dominarlas, aunque hubieran podido hacerlo. Pensaban que su patria tenía todo lo que era digno de verse, y que, asimismo, ella les nutría en la medida suficiente a sus necesidades. Estiman que ningún hombre es, por su nacimiento más fuerte o más prudente que otro. La «areté» es producto de la educación. No todo, sino más bien casi nada, debe permitirse este héroe nuevo educado y nutrido por su ciudad, que aspira al máximo de prudencia y fortaleza. La moderación, la sencillez, la frugalidad, la paciencia son los elementos indispensables de esas virtudes. Sólo en el contexto de su ciudad y por obra de ella, pueden los hombres alcanzar los bienes que los conforman de esa manera; por eso no es injusto ni desmedido arriesgar la vida para que la ciudad siga viviendo.

6.3. Amor a la patria

La miserable situación de los vencidos debe servir de ejemplo disuasorio para la conducta cobarde o desordenada en la guerra. La consecuencia de la indisciplina y de la cobardía es la derrota, y el precio que se paga por la derrota es una vida peor que la muerte. Así describe el oprobio de los vencidos que quedan en su tierra a merced del vencedor el poeta Tirteo (640 a.C.): «Cargados, lo mismo que asnos, con pesos enormes, igual la mujer que el marido y sujetos a un triste dominio, pagando a sus amos un medio de todos los frutos que dieran sus tierras».

No menos sombría es la situación de los vencidos que huyen dejando «la propia ciudad y sus campos fecundos... vagando sin fin con la madre querida y el padre ya viejo, y la esposa legítima e hijos pequeños». La exhortación final no puede ser otra que la siguiente: «Así que, si nadie les guarda ninguna atención ni respeto a los vagabundos, ni aun a su estirpe futura, luchemos con ánimo todos por esta tierra y muramos por nuestros hijos, sin reparar en la vida».

La supervivencia de Esparta depende del valor de sus hombres, que «sirven al bien general, a la ciudad y a la masa del pueblo». Nunca se extingue la gloria del valiente, «ni muere su nombre, inmortal, aunque esté bajo tierra se

hace ya que probó su valía y luchando de firme en defensa de patria e hijos, se lo llevó el recio Ares».

En la Grecia Antigua la noción de panhelenismo es somera y poco convincente. La patria de los hombres es su ciudad. Los ciudadanos de la diversas «poleis» se consideraban entre sí extranjeros. Las fronteras de las patrias griegas no son esencialmente geográficas, sino legales. Una ciudad es el territorio que, legalmente ocupado por los miembros de la misma estirpe, puede nutrirlos y ser defendido por ellos. Son compatriotas, finalmente, los hombres que se gobiernan por las mismas leyes, que tienen las mismas costumbres. Ley y costumbre son casi sinónimos en la Grecia Arcaica. Los hombres ocupan la tierra en concepto de heredad, heredad otorgada por su antepasado más ilustre, a menudo un dios. Tirteo explicita los títulos legales de los espartanos: «El propio hijo de Crono, Zeus, esposo de Hera, de bella guirnalda, dio esta ciudad a los Heráclidas; con ellos, dejando el ventoso Erineo, vinimos nosotros a vivir en la isla espaciosa de Pélope». Los reyes espartanos, que son aqueos, descendientes de Heracles, son los que ostentan la titularidad legal de la tierra, el derecho divino a su conquista. Deben derrocar la dinastía usurpadora de los Pelópidas e instaurar una nueva⁹, porque Zeus así lo ha determinado. Los reyes espartanos personifican el requisito que legaliza la ocupación doria del Peloponeso (año 1100 a.C.). Su presencia convierte esa conquista en un hecho justo y le quita su carácter de usurpación, de imposición por la fuerza, tan contrario a los principios ideológicos de la república lacedemonia.

Los dorios ayudan a los heráclidas en calidad de amigos, de compañeros; no son súbditos suyos; y conservan ese mismo estatuto de hombres libres, independientes de toda sujeción señorial, cuando por fin se asientan en el territorio e inician la vida en común. Constituyen todos ellos, los heráclidas y los dorios, una clase superior y dirigente con respecto de los habitantes sometidos; pero entre sí se tratan como iguales, «homoioi». Son los ciudadanos de Esparta, los hoplitas cuyo valor y disciplina sustituían la muralla que Esparta nunca tuvo ni necesitó.

La tierra de la patria es sagrada, un don de Zeus, no puede venderse a ningún extranjero. Pero la herencia que los hombres reciben del dios no es sólo la tierra que deben conservar, sino el modo de vivir en ella armónicamente. Este modo lo señala la ley que también es sagrada: «De esta manera... hablóles Apolo, el rubio flechero, señor del arco de plata: «Que empiecen mandando los reyes a quienes honran los dioses, y cuya tarea es cuidar de Esparta la amable, y los viejos nacidos primero; después también manden los hombres del pueblo, siguiendo rectos dictados; que sean hermosos los dichos y justos los hechos y no le propongan a esta ciudad iniquidades; y asistirán a la masa del pueblo la victoria y la fuerza».

⁹ A. RUIZ DE ELVIRA: *Mitología Clásica*. Madrid 1975, pp. 256-60

6.4. Organización de las instituciones

Poco más cabe añadir, salvo algunas precisiones, al luminoso cuadro que muestra Tirteo.

Dos reyes estaban al frente de la república lacedemonia. Sus funciones eran más bien representativas; convocaban el consejo, presidían la asamblea, recibían embajadores. Solo mandaban en caso de guerra, porque marchaban al frente del ejército. Al principio iban los dos, más tarde fue uno sólo. El heredero al trono era educado de una forma especial, a parte de los demás jóvenes. El consejo, llamado Gerusía estaba formado por los reyes y los gerontes, ciudadanos mayores de sesenta años elegidos por la asamblea de entre aquellos que se habían distinguido por sus servicios. Además de estudiar los proyectos que debía proponerse a la aprobación de la asamblea, la Gerusía tuvo también competencias judiciales. Las decisiones o acuerdos políticos aprobados en el consejo, se llevaban a la asamblea, Apella, reunión de todos los espartiatas mayores de treinta años. No se reunía la Apella en fecha fija, periódicamente, sino con ocasión de resolver algún asunto. Los reunidos ratificaban o rechazaban las propuestas por aclamación, después de oír las diversas opciones, si las había. Su función deliberativa se limitaba a aceptar, rechazar o elegir, pero no a intervenir.

Los éforos, magistrados que Tirteo no menciona, fueron instituidos seguramente más tarde. Generalmente se atribuye la institución de esa magistratura a Quilón, «uno de los siete sabios» (640 a.C.), contemporáneo de Solón de Atenas.

Con los éforos, el pueblo, del cual son representantes electos, adquiere su máximo poder, en detrimento de la Gerusía. Las competencias de los éforos fueron muy variadas: juzgan casos de pena capital y de traición, vigilan el comportamiento de los reyes y los generales en la guerra, velan por el cumplimiento de las leyes y la observancia de las buenas costumbres. En rigor, puede decirse que fueron los éforos los verdaderos gobernantes de Esparta. Representan el elemento democrático según Aristóteles, de la «mezcla» que formó el estado lacedemonio.

6.5. Forma de vida

La constitución espartana no menciona ricos ni pobres; sólo reyes, ancianos y pueblo. El poder no está en función de los bienes que se posean, sino de la posición que cada uno ocupe en el orden social; por su edad, por su familia (sólo en el caso de los reyes), o por su prestigio personal. En Esparta no había mucha diferencia, por otra parte entre el tipo de vida de los pobres y de los ricos. El dinero se utilizaba escasamente, no había ocasión de exhibir objetos lujosos ni de gastarlo. Esto era debido a lo severo de

las costumbres y a la igualdad observada en los actos comunes, que eran numerosos. La vida familiar era insignificante. Casi siempre se comía fuera de la casa, sobre todo el padre de familia. Los jóvenes vivían juntos como en un campamento militar, desde los siete años. Las jóvenes también recibían instrucción en los ejercicios gimnásticos igual que los hombres; en el canto, la danza y las tradiciones patrias. Tenían derecho a heredar. Andando el tiempo, las mujeres espartanas llegaron a ser propietarias de grandes fortunas, porque muchos hombres morían en la guerra. A una mujer de Esparta le preguntaron por qué las espartanas gozaban de más libertad que el resto de las mujeres griegas. «Porque somos las únicas que parimos hombres» replicó ella.

Este tipo de frases, aceradas, graciosas y oportunas; caracterizaron a los lacedemonios. Reverenciaban la palabra, y por eso la usaron poco y bien. Sócrates admiraba mucho este modo conciso y agudo de expresión. Decía que los espartanos eran todos sofistas, por su extremo dominio del lenguaje.

No contaba Esparta con grandes edificios públicos ni privados. No se desarrollaron en la ciudad las grandes artes, sino las útiles. Los productos de sus artesanos fueron modélicos por su sencillez y perfección. Por toda Grecia se impuso como moda la forma de sus vestidos, armas y utensilios domésticos.

Cuando se convocaba la asamblea, el que se dirigía a ella con alguna propuesta, la exponía sencillamente. Después, sin más turno de oradores, se votaba por aclamación o a mano alzada. Se suponía que por la educación recibida todo ciudadano era capaz de comprender el alcance de lo propuesto y de expresar su voluntad en público con total libertad. No necesitaban demagogos que guiasen al pueblo, ni sofistas que adiestrasen a los demagogos.

El conflicto «leyes de los dioses-leyes de la ciudad», típico del discurso político ateniese en los siglos V y IV a.C., no se produjo en Esparta. Las «retrai» por las que se gobernaban eran para ellos ambas cosas a la vez. A pesar de ser convencionales, los espartanos se jactaban de obedecerlas con la misma fidelidad con que se obedecen los instintos. Nadie dudaba de que la salvación de la ciudad se debía a la obediencia prestada por todos a las leyes. Los espartanos estaban ligados a la ley por un lazo que además de ser sagrado les reportaba la máxima utilidad.

Vivían modestamente, de los productos de la tierra y no necesitaron emprender viajes ni dedicarse a otras actividades. Realizaron, en suma, el ideal de la polis autárquica. Este hecho que, si se considera desde cierto punto de vista constituye su mayor logro político, pues les permitió seguir siendo ellos mismos y gobernarse a su propia manera durante siglos, fue la causa también de su debilidad. Tucídides al comienzo de la Guerra del Peloponeso, augura un futuro desastre a los espartanos, porque, a causa de su autarquía, de su vivir de la tierra, no contaban con el dinero necesario para sufragar los gastos de la futura campaña, que se preveía muy larga. Tucídides acertó. Los

espartanos ganaron finalmente la guerra, pero para hacerlo tuvieron que construirse una escuadra más fuerte que la ateniense, comprada con el oro que les proporcionaba el rey de Persia. Ambas ciudades, Esparta y Atenas perdieron esa guerra, porque ninguna de las dos después fue ya lo que había sido, sino más bien como caricaturas de sí mismas.

Esparta fue para muchos escritores ilustres modelo de ciudades. Jenofonte es un decidido entusiasta de su régimen político. Platón se sirve de él como modelo, corrigiendo aquí y allá algunos detalles, para construir su *República*. Tampoco faltan alabanzas en Heródoto y Tucídides, para todos ellos representó Esparta una realidad política perfectamente lograda. Incluso en Atenas en plena Guerra del Peloponeso, la corriente de opinión favorable a firmar la paz con Esparta y restablecer antiguos lazos, fue muy importante, como se ve en las comedias de Aristófanes. La causa de una admiración tan generalizada se debe a que Esparta no sufrió ninguna de las plagas de la política griega, y permaneció siempre libre de invasores y de tiranos, así como de guerras civiles. Sus ciudadanos lograron establecer entre ellos un compromiso sagrado: atenerse a la ley en todo y anteponer siempre el bien común al bien particular.

7. ATENAS

Los atenienses se jactaban de haber vivido siempre en el mismo territorio, de ser autóctonos. Heródoto, haciéndose eco de esa tradición, conjetura que los atenienses bien pudieran ser «pelasgos» en su origen, que aprendieran el griego por contacto con los pueblos vecinos. Los restos arqueológicos de la época micénica, encontrados lo mismo en Atenas que en el resto del territorio de la Grecia peninsular, insular y en la península de Anatolia, invalidan esta conjetura. La población de Atenas procede, igual que la del resto de Grecia de los pueblos indoeuropeos que conquistaron y sucedieron a la civilización minoica; y sufrió las mismas transformaciones que el resto: realeza, resto de la época anterior y revolución aristocrática subsiguiente, al final de los Siglos Oscuros. Es posible pensar que el asentamiento de los jonios en Atenas se produjese de forma pacífica, sin dejar huella en la imaginación popular en forma de leyendas heroicas de conquista. El sinecismo ateniense se remonta, según la leyenda, a los tiempos de Teseo, que vivió antes de la guerra de Troya. Se ufanaba de ser la primera ciudad griega que prescindió de la realeza y pasó a gobernarse de forma igualitaria.

Como el Ática era una región pacífica y bien gobernada, observadora de la justicia y la igualdad desde mucho antes que ninguna otra región, no tiene nada de extraño que pudiese acoger a tanto desdichado perseguido político. Ninguno de los que imploran el amparo de los atenienses sale defraudado. En tiempos del rey Egeo, antecesor de Teseo, Atenas acoge a Medea, princesa

fugitiva de Corinto. Edipo, desterrado de Tebas, es defendido por Teseo del ejército tebano que le perseguía. Orestes, vengador del asesinato de su padre, se acoge a la justicia ateniense. En este tiempo, por cierto, treinta años después de la guerra de Troya, la razones de Orestes son oídas por un consejo de nobles ancianos, no por un rey. La misma diosa Atenea erige en tribunal de justicia esta asamblea de atenienses. Nace el Areópago.

También los Heráclidas, después de su primera tentativa fallida de ocupar el Peloponeso, fueron huéspedes de los atenienses. Hasta aquí la leyenda. Los mismos temas, recogidos y vueltos a tratar por los trágicos, forman por así decirlo, la propaganda de Atenas, la imagen que la ciudad quiere dar de sí misma. En ella se nos muestra como una ciudad modélica: no emplea la fuerza sino para defender el derecho, es justa en su trato con los hombres y piadosa.

El origen del régimen aristocrático ateniense se remonta, quizá, al año 1080 a.C. y dura, con ligeras modificaciones, hasta la reforma de Solón, a comienzos del siglo VI a.C.

De las tres clases en que se dividía la población durante ese periodo, los eupátridas proveían las magistraturas, mientras que los georgoi y los demiurgoi, aunque quizá pudieran concurrir a la asamblea, no tenían derecho a desempeñar ninguna de ellas.

La sustitución del poder real por el arcontado fue gradual. Al principio sólo había un arconte y su cargo era vitalicio, después duró diez años el desempeño de esa magistratura y, finalmente, llegó a ser anual. Se amplió también el número de arcontes, que fueron tres, repartiéndose entre ellos las competencias del gobierno. El Arconte Epónimo tenía el poder ejecutivo y daba nombre al año. La lista de los arcontes atenienses se remonta al año 683-682 a.C. El Arconte Polemarco tuvo a su cargo dirigir la guerra, hasta el año 487 a.C. en que cambia el procedimiento, y la designación de arcontes pasa a efectuarse por sorteo, no por elección. Las competencias del polemenco cambiaron entonces y las guerras fueron dirigidas sólo por los estrategoi. El Arconte Basileus, asume las funciones sacerdotales que fueron propias del rey.

Estas tres magistraturas las desempeñaban sólo los eupátridas.

Más tarde, cediendo a presiones populares, se añadieron a los tres iniciales seis arcontes más, llamados «tesmotetas», guardianes de las leyes. Eran elegidos por las tres clases: tres por los eupátridas; dos por los georgoi, y, el último por los demiurgoi.

Los que se habían distinguido en el desempeño del arcontado, pasaban a formar parte del Areópago, tribunal de justicia único. Además, el Areópago antes de la reforma solónica, era el único consejo de Atenas, con competencias administrativas además de judiciales.

Bajo el régimen aristocrático, los atenienses conquistaron la llanura del Eleusis, donde se veneraba a Démeter y se celebraban sus misterios.

En el último tercio del s. VII a.C., cuando la tiranía se había impuesto ya en las ciudades del Istmo de Corinto, vecinas de Atenas: Corinto, Sición y Mégara; Cílón, instigado por su suegro Teágenes, tirano de Mégara, intento derrocar al gobierno e imponer su tiranía en Atenas (632 a.C.). No tuvo éxito. Su intento fallido provocó la guerra de Atenas con Mégara, funesta para el comercio del Ática, en ella se perdió la isla de Salamina. Subsiguiente a estos hechos fue la primera codificación legislativa ateniense, la de Dracón (625 a.C.), famosa por su rigidez y severidad.

El intento de Cílón, si bien fallido, indica que los cambios producidos en la sociedad ateniense habían llegado a trastocar la estabilidad de las instituciones. A causa del desarrollo de la actividad comercial se enriquecen los artesanos: fabricantes de cerámica y armadores, se enriquecen también los comerciantes, formándose nuevas fortunas. Muchos nobles, en cambio, se empobrecen. Los que antes nada tenían, se han hecho con tierras por medio de préstamos hipotecarios y de enlaces matrimoniales.

Los pequeños propietarios se arruinan contrayendo deudas que luego no pueden pagar. Algunos pierden sus tierras, otros, incluso su libertad; pasando a la condición de siervos, emigrando de su patria o siendo vendidos como esclavos.

Los pobres hacían culpables a los ricos de su miserable situación, los ricos no atendían mas que a su beneficio, hollando la justicia y la piedad. El Ática estaba, en fin arruinada por la guerra civil cuando Solón fue nombrado arconte en el año 594 a.C.

7.1. Solón

Solón es un sabio iluminado por «el Señor que está en Delfos». Los atenienses confían en su prudencia. Además es bienquisto de todos, pues, aunque aristócrata por su nacimiento, pertenece al grupo de los que han visto mermada su fortuna por la nueva situación. Le apoyan todos los grupos en litigio: los pobres, porque su familia no es de las que se dedican a la usura y se ha empobrecido; los del puerto, porque también Solón se dedicó al comercio algún tiempo para remediar su fortuna. Todos confían en su probidad, unos y otros le instan a hacerse con el poder absoluto. «Es buena posesión la tiranía —dijo a sus amigos— pero no tiene salida».

En todos los ordenes de la vida social tomó Solón medidas extraordinarias. Canceló las deudas sobre las personas y prohibió que se pudieran contraer. Las que pesaban sobre la tierra las redujo casi a la mitad mediante un cambio en el sistema monetario. Algunos dicen que no se limitó a esa medida, sino que promovió una verdadera y profunda reforma agraria, quitando

por decreto todas las hipotecas. Él mismo se jacta de ello cuando afirma haber arrancado «a la negra tierra» los mojones que la tenían esclava, liberando así «la tierra más vieja de Jonia». Las reformas agrarias de Solón de las que tan poco sabemos en concreto, fueron tan importantes para los atenienses que instituyeron una fiesta pública anual para conmemorarla.

También intervino en la política mercantil prohibiendo exportar productos agrícolas deficitarios, para evitar la carestía. La palabra «sicofanta», que luego significó «delator», designaba a los que descubrían los higos (sicoi) dispuestos en el puerto para su exportación y denunciaban el hecho a las autoridades.

El conjunto de las disposiciones tomadas por Solón en materia económica, poniendo dique al ansia de los ricos y a la indigencia de los pobres, dio lugar al surgimiento de una nueva clase media. La clase que, dos siglos más tarde, reputa Aristóteles como la más apropiada para conservar un régimen.

Solón derogó las leyes de Dracón, excepto en lo referente a las penas por asesinato. Dio a la ciudad nuevas leyes, inspiradas en el deseo de aumentar el bien común, entendiendo por bien común la convivencia pacífica de los ciudadanos. El concepto de justicia de Solón tiende al término medio: los pobres no deben alterar el orden para arrebatar a los ricos sus propiedades, y los ricos, por su parte no deben extremar su ambición hasta el punto de despojar a los pobres y tenerlos como esclavos. No aplicó medidas igualitarias como hizo Licurgo, dejando la desigualdad de bienes intacta.

Exhorta en su poema *Eunomía* a la moderación, a contentarse cada uno con lo que tenga. Los bienes adquiridos con violencia atraen la ira divina y su castigo.

Sin embargo, el castigo de las ciudades gobernadas por hombres injustos no es obra de los dioses. Son los hombres los que por su insensato afán de ganancias, promueven la guerra civil, que es la ruina de todos. Contra esta manera estúpida y parcial de conducirse, propia de los ricos, levantan la ira del pueblo sus «caudillos de juicio perverso»; la guerra que sigue no sólo perjudica a ricos y a pobres, sino que destruye la ciudad.

Son los tiempos de Dike. Todos los hombres pueden comprender la justicia y guardarla. La ley ahora está escrita y tiene como fin la conservación pacífica de la convivencia en común. No es ocupación de los dioses destruir las ciudades, sino que son los hombres mismos los que las destruyen cuando no respetan las leyes. Todos los habitantes de una ciudad deben y pueden comprender ahora que la ley conviene a todos. El respeto y guarda de la justicia no depende ya del conocimiento, restringido a un grupo, de ciertos usos y tradiciones venerables, depende del buen sentido que es algo universal. Ese buen sentido debe decir a cada uno de los bandos, sean cuales sean sus respectivas injurias, que es mejor para todos vivir en armonía y que esa armonía no se consigue sino respetando la ley. Lo primero debe ser el bien de la patria,

porque a su mal nadie escapa: «... a la casa de todos llega... pasa de un salto el alto cercado y al fin da con uno, aunque vaya a esconderse en el fondo del cuarto».

Solón si bien no consiguió imponerse a los bandos que desgarraban la ciudad, por lo menos consigue señalar la salida del círculo vicioso en que se habían metido sus habitantes. El pueblo de Atenas, comprendió gracias a él, que su salvación dependía de tener buenas leyes, en primer lugar. Leyes dictadas para señalar a cada uno su límite, aún a riesgo de desagradar a todos: «Así, haciendo fuerza por doquier, escapé a la jauría como un lobo».

Lo mismo que había promulgado una legislación adecuada a la índole de los atenienses, también, teniéndola en cuenta, reformó Solón las instituciones. Hizo un nuevo censo de ciudadanos distribuyéndolos en tres grupos, según su riqueza, no según su posición social. Estas son las nuevas clases solónicas: la primera, formada por los que cosechaban quinientas medidas de grano; la segunda, trescientas, y, la tercera, doscientas o menos. La cuarta clase, los Thetes, con renta inferior, trabajadores libres por cuenta ajena, no tenían derechos ni obligaciones políticas. Creó el consejo ateniense, la Bulé, formada por cuatrocientos hombres, de los que cada tribu elegía cien. Las decisiones de consejo debían ser ratificadas por la asamblea, la Ekklesía, reunión de todos los ciudadanos mayores de edad.

La nueva división en clases según la riqueza, era la que las circunstancias y los tiempos demandaban.

La aspiración de los que habían adquirido su fortuna por medio de los negocios a ocupar el primer puesto en el orden políticos, era ya un hecho. Cualquiera de los pertenecientes a la primera y segunda clase podían ser elegidos para desempeñar cualquier magistratura.

Para hacer participar en el gobierno, también a los más pobres, fundó la Heliea, tribunal al que se podía apelar cualquier sentencia del Areópago. Este tribunal estaba formado por jurados elegidos por sorteo entre todos los ciudadanos. Al principio esta concesión fue pequeña, pero, andando el tiempo, con las reformas constitucionales que siguieron a la de Solón, la asamblea y el tribunal se convirtieron en los órganos de poder más importantes del estado ateniense.

En lo que respecta a las divisiones internas de Atenas, puede decirse que continuaron, pese a los buenos oficios de Solón, cambiando de protagonistas.

Él encontró una lucha en la que se enfrentaban ricos ambiciosos y pobres iracundos, guiados por «caudillos de juicio perverso» que aspiraban a la tiranía. Entre ambos bandos, impidiendo la victoria de uno u otro, se hallaba un tercer sector social, artesanos y comerciantes, que aspiraba a ciertas reformas constitucionales que les permitiesen una participación en el ámbito público

acorde con su potencia económica. Esta reforma se hizo. La ley permitía ya el acceso al gobierno a todo aquel que contase con el capital necesario, sin atender al origen de ese capital ni a la progenie de su poseedor.

Ahora, los bandos que chocan son el de los ricos terratenientes que habitaban en la llanura y el de los ricos que habían llegado a serlo por vía del comercio y de la industria, que habitaban en las inmediaciones del puerto.

Terminar con esa nueva guerra de partidos, proporcionar a Atenas estabilidad política y hacer posible en la práctica que siguieran vigentes las reformas constitucionales de Solón, será obra de su pariente Pisístrato, primer tirano de Atenas.

7.2. Pisístrato, el tirano (561-528 a.C.)

Fue Pisístrato, cuando joven, muy amado de Solón, pues dicen que estaba dotado de excepcional belleza y talento. Con miras a la tiranía formó un tercer partido, los montañeses (*diacrioi*) compuesto por hombres a los que no convenían las propuestas de ninguno de los dos bandos en puja. Engañando al pueblo, que lo autorizó, se rodeó de una guardia personal, se apoderó de la Acrópolis y «se hizo el amo de Atenas. No modificó, sin embargo, las magistraturas existentes ni alteró las leyes; rigió la ciudad de acuerdo con las normas institucionales en un gobierno muy acertado» (Her. I 59-60).

No será la primera vez que nos muestra Heródoto un personaje astuto y decidido al frente del gobierno ateniense. Los sucesivos dirigentes de la democracia ática: Clístenes, Milciades, Temístocles; se caracterizaran por esa misma obstinada prudencia que adornó a Odiseo, héroe favorito de Atenea, cuyo modelo repiten. Todos ellos ven con claridad su objetivo y van a él, pero no derechamente, sino dando tantos rodeos cuantos permite la inteligencia, para lograrlo de forma definitiva. Todos los que forjaron la grandeza de Atenas fueron «expertos en ardides». Esta doblez de su carácter, esa capacidad de adaptarse a nuevas situaciones y sacar provecho de ellas, reformando la realidad política de acuerdo con las movibles circunstancias, caracterizará la política ateniense frente a la espartana, rígida y arcaizante.

Pisístrato no se aleja del tipo odisaico. Durante el tiempo que duró su intermitente tiranía, pues fue depuesto y vuelto al poder por dos veces, mantuvo sosegada la ciudad, imponiéndose a los partidos rivales.

Promovió el comercio, asegurando sobre todo la ruta del Mar Negro, vital para el abastecimiento de trigo. Durante su gobierno, Milciades «el viejo», perteneciente a una de las familias aristocráticas, los Filaidas, fundó una colonia en el Quersoneso tracio (Gallipoli) manteniendo pacificada toda esa

región. El mismo Pisístrato había conquistado la plaza de Sigeo, en los Dardanelos, otro punto estratégico de la misma ruta.

Dedicó el producto del arriendo de la mina argentífera de Laurión a ampliar la flota ateniense. Empresa que terminaría Temístocles.

Como el resto de los tiranos, promovió las obras públicas; consiguiendo un doble objetivo: hermostrar la ciudad y ganar partidarios, sobre todo entre aquellos que no contaban con más recursos que sus manos. También se rodeó de intelectuales, adivinos y poetas. Por su corte pasaron Píndaro y Anacreonte, además del gran intérprete de oráculos, Onomácritos. Este último tuvo un gran predicamento hasta que se le sorprendió falseando los oráculos y fue expulsado.

Dentro de la política religiosa, hay que destacar la gran importancia que dio a los cultos comunes, frente a los de familia o grupo. Se celebraron con gran pompa las Panateneas, con su procesión solemne formada por las jóvenes de las mejores familias. Después de la ofrenda del «peplo» a la diosa, tenía lugar el sacrificio de reses, aportadas por las tribus, cuya carne se consumía en un gran banquete público.

Otra celebración importante, también trienal, fueron las Grandes Dionisiacas, en honor a Dioniso, que inició a los hombres en el cultivo de la vid y sus misterios. Formaba parte de las celebraciones un concurso poético. Al principio, el coro recitaba el ditirambo compuesto por un poeta. Se cree que fue Tespis el primero que recitó en persona una parte de su poema, a la que el coro replicaba con otra. Este fue el origen de la Tragedia ática que acompañará el esplendor y la gloria de Atenas muriendo con ella; uno de los logros más asombrosos del espíritu humano. El pueblo ateniense fue el espectador y juez de tal espectáculo. Los ricos sufragarían el gasto de los coros.

Esta implicación del elemento popular y el aristocrático, esta simbiosis singular, será a partir de entonces el rasgo característico de la ciudad de Atenas.

Por otra parte, el pueblo cobra cada vez mayor importancia, y, en adelante, nadie podrá gobernar en la ciudad sin contar con él. Es el elemento popular la fuerza renovadora que dotará de vida y movimiento a las instituciones atenienses.

Los embajadores corintios (Tuc. 371, 3-4) mucho después, poco antes de comenzar la Guerra del Peloponeso, describen así la política de los atenienses: «Para una ciudad que vive tranquila lo mejor es la estabilidad de costumbres, pero a quienes se ven forzados a enfrentarse a muchas situaciones les hace falta también mucha imaginación. Esta es la razón por la que la política de los atenienses se ha modernizado mucho más que la vuestra». Reprochan con estas palabras a sus aliados espartanos, su parsimonia, que contrasta con la versatilidad de los atenienses.

Finalmente, con la ayuda de los parsimoniosos espartanos, los atenienses lograron desembarazarse por medio de otra guerra de los pisistratidas¹⁰ y nombraron arconte a Iságoras (508-507 a.C.), jefe del partido aristocrático.

7.3. Clístenes. Creador de la democracia ática

Clístenes, hijo de Megacles, aprovechando la relevancia política que el pueblo había adquirido en la época de Pisístrato y apoyándose en él, tomó el poder frente a los aristócratas en el año 506 a.C. Promovió una reforma administrativa de enorme trascendencia, encaminada a debilitar los vínculos familiares, fortaleciendo los patrióticos. Sentó las bases de nuevo régimen mediante una profunda y compleja reforma en la que se otorga preferencia al principio de territorialidad frente al gentilicio. Esta reforma hace posible el paso del régimen ateniense a la democracia.

Dividió el Ática en tres regiones: Paralia, zona de la costa; Mesogeia, las zonas agrícolas y ganaderas del interior; y, finalmente el entorno urbano, Asty, que comprendía la Acrópolis y sus inmediaciones. Cada una de estas regiones fue dividida en tres distritos, «tritiai». Cada «tritría» contaba con un número variable de municipios llamados «demos». Estaban adscritos a un «demos» aquellos que habitaban en él cuando tuvo lugar la reforma, independientemente de sus vínculos familiares. Finalmente, tres tritirías de situación necesariamente distinta: una del campo, otra del puerto y otra de la ciudad; formaban la nueva tribu «filé».

Diez nuevas tribus sustituyeron a las cuatro tradicionales, como órganos administrativos intermedios entre el demo y el gobierno de la ciudad. Cada tribu nombraba un «estratego». Los diez se turnaban para dirigir la tropa en tiempo de guerra, bajo la autoridad del Polemarco.

Al nombre propio seguido del nombre del padre, se añadió a partir de entonces, el nombre del demo y de la tribu para designar a los hombres. Se señalaba así la vinculación personal de cada uno con las instituciones de la ciudad. Al estar los «demoi» de cada tribu situados en diferentes territorios, se consiguió la implicación de todos en la defensa de todo el territorio. De esta manera el interés del estado pasó a primar sobre los intereses particulares o de casta.

Crea Clístenes un nuevo consejo¹¹, Bulé, formado por quinientos miembros. Cada tribu elegía cincuenta, que deliberaban turnándose mensualmente.

¹⁰ De los hijos de Pisístrato, que le sucedieron, Armodio y Aristogitón habían matado a uno: Hiparco. El otro, Hipias, continuó siendo tirano algunos años. Cuando fue derrotado y depuesto, marchó a Persia para pedir ayuda.

¹¹ Sobre este punto del consejo, hay discrepancia entre los historiadores. Algunos admiten que esta institución, paralela al Areópago, funcionó desde los primeros tiempos del régimen aristocrático. Otros sostienen que el primer consejo es el de Clístenes. Nosotros, siguiendo a Plutarco, hemos admitido el de los 400 de Solón.

Al cabo del año se elegía otro consejo. Los que se encargaban del gobierno durante cada mes se llamaban «Pritanes». Se reunían en el Pritaneo, donde residían durante el mes correspondiente a costa de la ciudad. Presidía las sesiones el arconte Epónimo durante el año de su mandato. El gobierno ordinario lo despachaban ellos. Para los asuntos de importancia se reunía la totalidad de la Bulé, que, después de deliberar, emitía una resolución. Esta resolución, para ser efectiva, debía ser aprobada por la Ekklesía, en la que tomaban parte todos los varones mayores de edad, excepto los de la cuarta clase solónica, los «tethes».

Aunque se atribuye a Clístenes la invención del ostracismo, para evitar la vuelta de la tiranía, es posible que se trate de una medida tomada con posterioridad. El Areópago, por otra parte, sigue teniendo competencias importantes, como guardián de las buenas costumbres.

La nueva constitución de Clístenes, con ser tan artificiosa y distinta del modo de organización tradicional, tuvo la fortuna de durar mucho tiempo. Sufrirá reformas parciales, pero no será derogada hasta la rendición de Atenas, en el año 406 a.C. Consiguió esta constitución que el bien de la patria coincidiese también con los intereses de los ciudadanos, haciendo realidad el ideal solónico. Las instituciones del nuevo estado ático son tales que a nadie interesa destruirlas.

7.4. Apogeo

Por la victoria ateniense de Maratón (490 a.C.), sobre las tropas de Darío, rey de Persia, Atenas empieza a fortalecerse. Es ya casi sin disputa, la primera potencia militar después de Esparta. Porque los atenienses —dice Herodoto— fueron los primeros que se atrevieron «a fijar su mirada en la indumentaria meda y en los hombres ataviados con ella, ya que, hasta aquel momento, sólo oír el nombre de los medos causaba pavor a los griegos».

Los protagonistas de este singular suceso, fueron los hoplitas atenienses sumados a las escasas fuerzas que envió la ciudad de Platea.

El poeta trágico Esquilo tomó parte en la batalla. Sófocles niño cantó en los coros que celebraban la victoria. Su artífice fue Mílcíades «el Joven», ex-tirano del Quersoneso Tracio, de la familia de los Filiadas.

La corriente de opinión que ganó popularidad, fue el partido aristocrático pro-espartano. Perdió el partido de los Alcmeónidas, que había mostrado cierta tibieza, y el ex-tirano Hipias, que acompañaba y guiaba a las tropas persas, en la idea en que le restituyeran, en pago, el mando de la ciudad.

La batalla de Maratón, librada el 12 de agosto del año 490 a.C. tuvo consecuencias políticas de tal alcance, que aún perduran en nuestro tiempo. Lo que llamamos «civilización occidental», entiéndase por ello lo que se quiera,

no existiría en absoluto, porque todas las ciudades griegas, una por una, se hubieran rendido ante la aplastante superioridad bélica de los persas, y con ellas el resto de nuestra historia.

Los principios políticos de libertad, igualdad, legalidad, etc, que siguen fundamentando nuestras instituciones, fueron pensados para el gobierno de esas ciudades, que eran libres y porque eran libres. Si se hubieran sometido, con su libertad, habrían desaparecido también esos principios.

A las guerras civiles atenienses, sucedió la lucha de partidos. La familia que más se distinguió en defensa de los viejos ideales aristocráticos y la antigua manera de vivir fue la de los Filiadas. A ella pertenecieron Arístides, el Justo, Cimón, hijo de Milciades y el mismo Milciades.

Los que se inclinaban más a la democracia fueron los Alcmeónidas, antigua familia originaria del puerto, cuyos miembros más destacados fueron: Megacles, jefe de los de la «paralia» en la guerra civil contemporánea de Pisístrato; el reformador Clístenes, su hijo; Jantipo, el acusador de Milciades y, finalmente, Pericles, hijo de Jantipo.

A esta nueva lucha de partidos, sucumbió, en primer lugar, Milciades, el héroe de Maratón. Acusado por Jantipo ante la asamblea de «engañar al pueblo», a causa de cierto malhadado incidente bélico posterior a la victoria maratoniana, fue condenado a pagar una multa equivalente a 1.295 Kg. de plata. No pudo pagar la multa, ni siquiera defenderse en el juicio, porque murió, mientras se estaba celebrando, a causa de una herida de guerra. Pagó la multa su hijo Cimón.

La política ateniense estará marcada por el antagonismo político de estas dos corrientes de opinión o partidos, si se pueden llamar así, cuyos jefes mutuamente eran acusados ante el pueblo de traición, se «ostraquizaban» y se levantaban las penas de destierro, según el caso. Así el filiado Arístides, arconte den 489-488 a.C. prosiguió la política aristocrática de Milciades. Poco después, Jantipo sufrió ostracismo.

Más tarde, Temístocles¹² logró la supremacía política frente a Arístides. Convenció al pueblo para que emplease el producto de las minas de Laurión en construir doscientas trirremes. El contradictor público del proyecto fue Arístides, contrario a cualquier proyecto de expansión marítima. Fue derrotado y condenado a ostracismo en el 483 a.C. Las naves que después hicieron posible la victoria de Salamina en la Segunda Guerra Médica, se construyeron. Probablemente un eco de la propaganda política adversa a la ampliación

¹² Temístocles: nacido en el 524 a.C. de origen oscuro, pero sediento de gloria, inició su carrera política pronto. Fue arconte en 493-492 a.C. Al año siguiente patrocinó una tragedia de Frínico, hoy perdida, y multada por el gobierno de entonces, en la que se retrataba patéticamente ante los atenienses la destrucción de Mileto y la reducción a esclavitud de los «hermanos jonios».

sea este dicho recogido por Plutarco¹³: «Temístocles arrancó la lanza y el escudo a los atenienses y los ató al banco y a los remos».

Temístocles nombrado estratega cuando ya la guerra con Persia era inminente, fue el principal organizador de la defensa conjunta de los estados griegos. Después de la victoria de Salamina no vuelve a aparecer. Fueron elegidos estrategos Jantipo y Arístides que dirigieron la flota y la infantería ateniense durante la segunda fase de la guerra (479 a.C.).

7.5. Atenas y Esparta después de la victoria

Después de puesto en fuga el ejército persa y parcialmente destruida su flota tras las acciones victoriosas de Platea y Micalé, tuvo lugar un debate sobre la futura suerte de Jonia. Se habían admitido ya como estados miembros de la Liga Antipersa a las tres grandes islas del Mar Jónico: Samos, Quíos y Lesbos. Los espartanos eran partidarios de evacuar la población de las ciudades jonias y asentarlas en la Grecia continental, bajo su protección al abrigo de la venganza persa.

Los atenienses se opusieron al plan, contaban con poder defender, con la marina de los nuevos socios y la suya, a esas ciudades. Cedieron los espartanos. Marcharon juntos hacia el Helesponto para destruir los puentes que había tendido Jerjes para pasar a Europa. Como los encontraron destruidos por la tempestad, los espartanos marcharon a casa. Los atenienses mandados por Jantipo continuaron luchando y tomaron la plaza de Sesto, en el estrecho de Dardanelos.

En la distinta actitud que tomaron espartanos y atenienses después de la guerra, vemos la diferencia de intereses de las dos ciudades.

El objetivo espartano estaba conseguido, una vez conjurada la amenaza persa sobre Europa. Los atenienses no pueden marcharse hasta conseguir el control de los estrechos y una ruta segura hacia el Mar Negro.

Esparta, siempre que consiguieran mantener sujetos a los mesenios, tenía asegurados sus abastecimientos. El ejército debía volver cuanto antes para asegurar esa sumisión.

Los atenienses, en cambio, no podían volver hasta dejar el paso de los navíos por el Helesponto expedito y libre de enemigos, pues de ello dependía la subsistencia de su ciudad, por eso se quedaron hasta tomar Sesto.

Para Esparta era de importancia vital que sus hoplitas estuvieran cerca. Para Atenas, que aseguraran el tráfico pacífico de mercancías. Vemos ahora

¹³ Plut. *Vidas* Temístocles.

con claridad los motivos reales de la divergencia entre ambas políticas. La distinta actuación de sus dirigentes estaba al servicio de las respectivas situaciones económicas de ambos estados.

Atenas, sin asomarse y dominar el mar, no hubiera pasado nunca de ser una ciudad pobre, dividida y sometida, de hecho, a la voluntad de vecinos más poderosos. Todo el que quisiera el encumbramiento de Atenas debía asumir como tarea prioritaria la construcción de una flota que le asegurase el dominio del Mar Jónico y el Helesponto. No fue la ambición, como les reprocha Sócrates, la guía de los gobernantes atenienses que hicieron posible su poderío marítimo, sino la exacta comprensión de las necesidades de su ciudad. Atenas, por su posición geográfica, por la pobreza de su suelo, por su producción artesanal excedentaria, era la flota, como vio Temístocles con toda claridad, o no era nada en absoluto.

El caso de Esparta es exactamente el contrario. Un selecto e invencible ejército de infantería les asegura el control de un rico territorio sometido, que les provee de bienes de subsistencia suficientes y cuyos habitantes acechan siempre la menor ocasión de sublevarse. El mejor negocio para Esparta es que su ejército abandone el territorio lo menos posible y que se quede lo más cerca posible. Este modelo de sociedad que con tan buenos ojos vieron los «laconizantes» atenienses, fue viable y duradero sólo en el caso de Esparta y esto, mientras no tuvo que enfrentarse a una guerra larga. En Atenas no hubiera sido posible de ninguna manera, y ello por una sola razón: la producción agraria del Ática no era suficiente para alimentar a sus habitantes. Buscar en el mar los recursos necesarios era imprescindible.

Las ventajas que obtuvieron los espartanos de su intervención en la Segunda Guerra Médica no fueron muchas, salvo asegurar la libertad de su patria. No sacaron ni quisieron sacar ningún otro provecho. Pausanias, el héroe de Platea que participó después en la liberación de Bizancio (478 a.C.), a la entrada del Mar Negro, como jefe de las tropas aliadas, pagó bien caro no haberse quedado en Esparta como los demás. Sus veleidades imperialistas, si es que las tuvo, fueron arrancadas de raíz. Fue llamado a Esparta y una vez allí, fue juzgado y convicto de «medismo»¹⁴ por los eforos. Avisado por alguien de que iban a prenderle para ejecutarle, se refugió como suplicante en el templo de Atenea Calcioco. Los eforos mandaron tapiar las aberturas del edificio y quitar el tejado. Dentro quedó Pausanias solo, sin recibir alimento ni agua durante varios días. Cuando comprendieron que estaba a punto de morir, lo sacaron fuera para que no profanase con su muerte el santuario; expiró poco después, a la puerta. Por lo demás, la vida en Esparta continuó como siempre.

¹⁴ La acusación de «medismo» era la corriente entonces. Se le acusaba de haber sido sobornado por los persas, de traición.

Por lo que se refiere a Atenas, vemos que nada más terminar la guerra (479 a.C.), vuelve Temístocles a la escena política. Su proyecto de reconstruir las fortificaciones de Atenas destruidas por los persas es acogido con entusiasmo. Además vuelve más todavía la ciudad de cara al mar, iniciando la construcción de los muros que unen Atenas con el Pireo, su nuevo puerto.

Ambas maniobras fueron ejecutadas a espaldas de los espartanos y en contra de lo pactado. Los espartanos habían prohibido (en la reunión del 478-477 a.C.) que se fortificasen las ciudades, aduciendo que las fortificaciones de Tebas habían servido de refugio a los persas en la última guerra. Su plan era continuar como líderes de las ciudades griegas continentales, garantizando con sus hoplitas la defensa terrestre del territorio. A los atenienses, les correspondería la defensa marítima de las ciudades de Asia, de las islas y del Helesponto. De modo que las innovaciones de Temístocles aprobadas y ejecutadas a toda prisa por los atenienses, fueron vistas por Esparta como una intolerable provocación. Por otra parte, el partido aristocrático ateniense encuentra por aquellos años un líder capaz de hacer sombra a Temístocles. Se trata de Cimón, hijo de Milciades, que gana cada vez más el favor del pueblo por su generosidad y sus éxitos militares. En el año 476 a.C., toma la plaza de Aiyón. La estrella de Temístocles, empieza a declinar.

En el 472 a.C., sucede lo que puede interpretarse como primer aviso de que hay otro caudillo que disputa a Cimón el favor del pueblo: se presenta al concurso una tragedia de Esquilo; *Los persas*, cuyo objetivo es recordar a los atenienses el incomparable servicio prestado por Temístocles y su flota a la libertad de Atenas. El encargado de sufragar los gastos del coro fue Pericles, el hijo de Jantipo. La tragedia ganó el concurso. Es digno de remarcar el hecho de que Temístocles, veinte años atrás, como Pericles, ahora, iniciara su carrera política con la «coreguía» de un drama. Es significativo también que ambas tragedias¹⁵ patrocinadas por sendos líderes del partido de los muchos, (polloí), del partido del pueblo, sean las únicas en que se ponen en escena sucesos de la historia, no temas legendarios. Esto nos puede dar idea de hasta qué punto la tragedia influyó decisivamente en la vida política y cómo fue posible utilizar ese foro para lanzar determinados mensajes y dirigir la opinión pública desde él, incluso con más facilidad que desde la asamblea.

De todas formas, la Atenas que contempló el drama de Esquilo, estaba dirigida por los oligarcas filo-espartanos y continuó estándolo diez años más. Cimón se hallaba por entonces en el cenit de su popularidad. Dos años después (470 a.C.) los oligarcas consiguen que el pueblo condene a Temístocles al ostracismo. Se exilia en Argos. Encontrándose allí, los éforos comunican al gobierno ateniense que, durante el proceso de Pausanias, habían encontrado pruebas del «medismo» de Temístocles. Sólo su ingenio y habilidad salvó al

¹⁵ El drama de Frínico y *Los persas*, de ESQUILO.

héroe de Salamina de correr la misma suerte que había corrido el héroe de Platea, la de morir a manos de sus compatriotas, de aquellos a los que ambos habían salvado de la esclavitud y de la muerte. Es que, nos aclara Herodoto, «La divinidad no permite que nadie, que no sea ella, se vanaglorie». Por eso «fulmina con sus rayos a los seres que sobresalen demasiado... En cambio los pequeños no despiertan sus iras». (Herodoto-VII, 3.)

7.6. Griegos y persas

En las siguientes palabras (HerodotoVII) podemos ver lo que los griegos se figuraban que era el programa político de Jerjes y el motivo profundo de las hostilidades que inició contra Grecia. Jerjes en persona se dirige a los jefes de su ejército y nobles que lo acompañaban diciéndoles: «Si sometemos a esas gentes y a sus vecinos, los que habitan las tierras de frigio Pélope, conseguiremos que el imperio persa tenga por límites el firmamento de Zeus, pues el sol ya no verá a su paso ninguna nación, ninguna que limite con la nuestra: con vuestra ayuda yo haré, después de haber recorrido Europa entera, que todos esos países formen uno sólo».

El programa de Jerjes es exactamente el opuesto al programa político tradicional griego. La ambición, el deseo de traspasar los límites hasta las últimas consecuencias, la «pleonesia» del rey; se opone a la idea de moderación, de «eucosmía», de respeto a los límites, propia de los griegos. Sin embargo, Esquilo nos dice que ambos, los griegos y los persas, proceden de un antepasado común: Perseo, hijo de Zeus y Dánae.

Al comienzo de la acción en la tragedia *Los persas* aparece la reina Atosa, madre de Jerjes. Después de que su hijo hubiera partido para Europa, ella sueña con dos hermosas mujeres, «hermanas de la misma sangre». Una ataviada con mantos y ropajes persas, la otra «con vestiduras de los dorios». Las dos hermanas, que habitan suelo distinto, luchan. Jerjes quiere ponerlas en paz. La primera acepta dócilmente el yugo, la otra lo rompe. La moraleja de esta historia de Esquilo, que culmina con la victoria de la hermana que ha elegido ser libre, se desprende fácilmente.

El gobierno de un solo hombre excelso, que da paz y riqueza a cambio de sumisión, fue desterrado de Grecia muchos años atrás. Los griegos piensan ahora que los hombres prósperos y dóciles que viven bajo ese régimen político, son en realidad esclavos. Han abdicado de su voluntad para someterla a la voluntad de otro. El proyecto de imperio universal significa para los griegos esclavitud universal, y no sólo ni principalmente para los que obedecen. El que manda es esclavo también de su ambición, y de las ambiciones de aquellos que le rodean, los jefes de su ejército. Pasa su vida en continuos trabajos para tratar de colmar esa ambición, tarea inacabable.

La mujer ataviada a la manera dórica abandonó esa rueda funesta, siguiendo los consejos del dios de Delfos. Prefirió la moderación y la elegancia a la soberbia y al lujo.

Los descendientes de Perseo que habitan la Hélade han preferido agruparse, para vivir, en pequeñas comunidades, dentro de las cuales puede contar y servir la voluntad de cada uno de ellos. Viven en ciudades que respetan y aceptan que otras ciudades existan, sin intentar conquistarlas¹⁶.

Este es el único régimen político dentro del cual cada hombre puede tener libertad de acción y potestad para gobernar su destino. Esa libertad produce la vida feliz, la única digna de un hombre. «La felicidad se basa en la libertad y la libertad en el coraje», dirá Pericles (Tucídides II 43,4).

Se ha optado por un equilibrio de voluntades en lugar de subordinar todas las voluntades a la de uno sólo. En lugar de jerarquía como medio de mantener el orden, se ha optado por la armonía de voluntades trabadas por la ley. En efecto, en las ciudades griegas contaba para el gobierno la voluntad de todos,¹⁷ la voluntad del pueblo. Con ese todos, en el caso de Esparta, se designaba a demasiada poca gente, y ese «pueblo» había tenido que transformarse y pasar por el duro rasero de la «agogué». En el orden político ateniense, por el contrario, estaba integrado el pueblo tal como era, sin especiales preocupaciones en materia educativa. La «libertad» ática incluía en su fórmula, además del concepto de capacidad de intervención política, lo mismo que la espartana, el ingrediente de libertad personal. El pueblo ateniense llegó, finalmente, a ser el amo del destino de la ciudad. Un pueblo no muy bien educado, que se dejaba llevar por sus primeras impresiones y emociones, relativamente fácil de conducir por quienes poseían el secreto de la oratoria. Sócrates y Aristófanes, entre otros, se lamentaron de esto, como es sabido; porque la asamblea llegó a adoptar los ademanes de un gigantesco déspota. Pero esa es otra historia.

En este caso, en el choque de las dos culturas, la persa y la helénica, lo que los griegos están defendiendo juntos frente al enemigo común es la libertad. No importan en este momento los matices. La incipiente democracia ateniense y la aristocracia espartana, junto con otras muchas ciudades griegas se unieron para defender su libertad, su libertad de acción política.

Los frutos de la libertad son difíciles de discernir al principio, maduran tardíamente. Resulta curioso pensar que si Atenas y Esparta hubieran tenido

¹⁶ No sé si sobra decir que tratamos de historiar las ideas políticas. Tienen, por tanto, especial protagonismo los relatos referentes a mitos, ilusiones y razones expresadas por los escritores antiguos en defensa de una u otra causa. Los hechos no son el objeto principal de este estudio.

¹⁷ Las cifras, en este caso, son más elocuentes que las palabras. La población de Atenas en el s. V era de 120.000 habitantes y el número de ciudadanos de 35.000. Población de Esparta: 200.000 habitantes. Número de ciudadanos: 4.000.

la posibilidad de pactar con el persa su rendición, las consecuencias prácticas inmediatas hubieran sido insignificantes. Las condiciones del rey eran las siguientes: el pago de un tributo no excesivamente oneroso; conservación del tipo de gobierno que tuvieran ellos, siempre que se mantuvieran en paz; conservación y respeto por sus cultos y tradiciones propias. Las posibilidades de desarrollo y acción permitidas por el imperio persa era amplias. El sátrapa, gobernador de una extensísima provincia no ejercía su oficio de forma demasiado puntillosa. Más bien vigilaba que no se cometiesen abusos y fue, en ocasiones, árbitro y pacificador de discordias locales. Pues su cometido, como se ha dicho, era cobrar el tributo y mantener la paz.

Esto era algo que los griegos sabía de sobra. De hecho, una de las ciudades más importantes de Grecia, Tebas, enemiga secular de los lacedemonios, se puso de parte de los persas y combatió a su lado. Aún dentro de algunas ciudades beligerantes, la corriente de opinión favorable a dar al rey «la tierra y el agua», era fuerte. En efecto, a cualquier hombre práctico el pacto con el persa hubiera parecido una ganga, en comparación con el enorme sacrificio en hombres y dinero que supuso la Segunda Guerra Médica. Sin embargo, este hombre práctico, después de calcularlo todo minuciosamente, se hubiera equivocado por completo. En cambio, los que, deseando «lo mejor para la Hélade» se aliaron para luchar contra Jerjes, los que aceptaron el riesgo y prefirieron la guerra, siguiendo su idea, su razón oscura y profunda; acertaron. Su esfuerzo se vio coronado por el éxito. Obtuvieron a cambio de ese sacrificio no sólo la libertad de la patria, sino también su riqueza y encumbramiento.

7.7. La Atenas del imperio

La liga de Delos pasó a ser Liga Marítima Delo-Ática, cuando los aliados, desechando la hegemonía espartana entregaron el poder sobre ella a los atenienses (477 a.C.) Los atenienses, al hacerse cargo, establecieron la cuantía en armas y hombres que cada ciudad miembro debía aportar. Muchas ciudades, ricas y temerosas, prefirieron pagar un tributo en lugar de contribuir con naves o con hombres. Los atenienses, vieron que esto les favorecía, y alentaron cuando pudieron esta actitud que en cierto modo les venía dada, y, gracias a eso, pudieron después pasar de la hegemonía al imperio. En efecto, los atenienses al frente del imperio, impusieron su criterio e hicieron sentir su poder sobre ciudades que, sumisas y desarmadas, criticaban impotentes sus injusticias. Los únicos miembros de la Liga que aportaron naves y hombres fueron: Quíos, Lesbos y Samos.

El objetivo de la Liga, tal como se pactó con los espartanos al fin de la Segunda Guerra Médica, era liberar del poder persa a las ciudades griegas de Asia Menor, islas y Helesponto y proteger eficazmente esa libertad. Atenas cumplió ese objetivo, durante los tres cuartos de siglo siguientes, consiguiendo, además dominar el mar y dar seguridad al tráfico marítimo.

El golpe de gracia dado a la flota persa por tropas de la Liga fue la batalla de Eurimedonte en Panfilia (476). El artífice de la victoria fue Cimón, hijo de Milciades. Fueron destruidas doscientas naves fenicias y con ellas la capacidad ofensiva de la escuadra persa.

Aunque la firma definitiva de la paz con Persia no se efectuó formalmente hasta el 449 a.C. (Paz de Calías), a partir de Eurimedonte los persas dejaron de ser un peligro para las ciudades griegas.

Lo que los peloponesios reprocharon a los atenienses no fue tanto que cobraran tributo, llevaran a Atenas el tesoro y sofocaran con mano dura las insurrecciones de sus aliados, sino que utilizaran las fuerzas de la Liga en su propio provecho. En definitiva, para asegurar a Atenas su abastecimiento marítimo y su riqueza; por medio de la cual, a su vez, podía seguir avasallando a los estados miembros de la Liga y amenazar incluso a los peloponesios, contrariamente a lo pactado.

En efecto, los atenienses, entre los años que median entre el 476 hasta la firma del tratado de paz de treinta años con Esparta (445 a.C.), posterior a la sublevación y reducción de Eubea por Pericles (446 a.C.), habían llevado la guerra fundamentalmente contra ciudades griegas que, por una u otra razón, se oponían a su mandato. Incluso habían conquistado una ciudad, Mégara, que pertenecía a la Liga del Peloponeso y, una vez perdida, le habían impuesto un injusto bloqueo, que la arruinó (477 a.C.). Estas cosas unidas a los incidentes de Corcira y Potidea, por los que Corinto se sintió amenazada, fueron el pretexto o causa superficial de la guerra que siguió. Los corintios se dirigieron a Esparta en demanda de ayuda, instando a sus aliados espartanos a defenderse del imperialismo ateniense antes de que fuera demasiado tarde.

Algunos meses después de la batalla de Potidea, en octubre de 432 a.C. Atenas fue acusada formalmente por los embajadores corintios ante la Apella de romper los pactos del 45. En esa ocasión se pronunciaron memorables discursos que Tucídides recoge: el de los embajadores corintios, que llevan la acusación y exhortan a los espartanos a la guerra contra Atenas. El de los embajadores atenienses que declaran las tres famosísimas razones por cuales tienen y van a seguir conservando su imperio: (Tucídides. I 75,4) en primer lugar «por temor», pues si se relajan el ataque exterior es probable. «Por honor», después, sería vergonzoso para una ciudad renunciar a un poder que ya tiene. En tercer lugar, «por interés», la ciudad de Atenas sale beneficiada por tener el imperio, es más fuerte, más rica y más libre que si no lo tuviera.

Por otra parte, ellos no creen hacer otra cosa distinta a la que cualquier otro haría. También los espartanos —dicen— ejercen la hegemonía en el Peloponeso, manejando todo según sus intereses. Por eso siguen diciendo: «... tampoco hemos sido los primeros en tomar una iniciativa semejante, sino que siempre ha prevalecido la ley de que el más débil sea oprimido por el más fuerte». (Tuc. I 76,2.)

También los peloponesios estuvieron de acuerdo, cuando les convino, en que los atenienses tuvieran el imperio y mantuvieran el mar libre de peligros. Ahora, por su interés también, invocan razones de justicia. Los atenienses, con todo, aún obedeciendo a «la humana naturaleza», son «más justos de lo que corresponde al poder que está en sus manos» (I 76,3). Saben que, a pesar de ello, no les soportan, pero, añade proféticamente, refiriéndose a los espartanos y dando la guerra por segura, «si vosotros nos vencierais y tomarais la dirección del imperio, rápidamente perderíais la simpatía que os habéis atraído gracias al miedo que nosotros inspiramos» (177, 6).

El rey Arquídamo habló después, exhortando a la tranquilidad y a la búsqueda de una solución negociada.

El éforo Estenelaidas aconsejó la guerra. La Apella, dividida en principio, falló a favor de la guerra en segunda vuelta. El motivo del fallo beligerante de la Apella es, según Tucídides, la causa profunda de la guerra, es decir, el temor a que el poderío ateniense aumentase hasta el punto de dominar a toda Grecia, puesto que la mayor parte estaba ya bajo su dominio (I 88).

El reparto de competencias entre las dos ciudades que habían llevado la iniciativa en la Segunda Guerra Médica, se rompe. Los que habían pensado poder regir, respectivamente, la tierra y el mar, comprenden que esa solución ya no es posible. La propia dinámica del poder les lleva, arrastrando tras sí a todas las ciudades griegas, a entablar un duelo mortal, que se prevé duradero.

De ambos bandos, el peor visto es el de los atenienses. Se les achaca que con su política populista y ambiciosa han subvertido el viejo orden, dictado por Delfos, cuya base es la moderación, la aceptación del límite propio. Los atenienses se han instalado irreflexivamente en el funesto ciclo de la ambición, y alguien debe pararles los pies para defender la justicia. La fuerza encargada de dar el golpe al inmoderado deseo de poder ateniense, será Esparta. En la batalla de Egospótamos (406 a.C.) queda destruida la escuadra ateniense, instrumento de su poder. Atenas, después de una encarnizada lucha que duró treinta años firma en el año 404 a.C. su rendición, abdicando de cualquier ambición de imperio y poderío.

7.8. Pericles

Ya hemos dicho que la estrella que sustituyó a Temístocles en el firmamento ateniense fue Cimón. La contra que tenía no era desdeñable. Los demagogos Efialtes y Pericles en el año 443 a.C., aprovechando la ausencia de Cimón que había acudido con tropas atenienses para ayudar a los espartanos; arrancan a la Ekklesía su aprobación para llevar a cabo la reforma del Areópago, bastión de la aristocracia. Despojan al vetusto tribunal de antiguas competencias, reduciéndolas a causas criminales y sacrilegio.

Cuando Cimón vuelve de Esparta, desairado por los espartanos, su popularidad decrece y el partido popular consigue que el pueblo lo condene a ostracismo (461 a.C.). Ese mismo año muere Efialtes, en circunstancias desconocidas. A partir de ese momento Pericles dominará a la Ekklesía y a Atenas, hasta el año de su muerte (329 a.C.).

El drama de Esquilo *La Orestíada* estrenado en 458 a.C. en el que se trata el tema de la venganza familiar, puede leerse como un espaldarazo a la reforma, en momentos en que la guerra civil podría ser un hecho, dado el descontento del partido aristocrático.

Recuerda Esquilo a los atenienses la verdadera y antigua finalidad del tribunal, la misma, precisamente que tiene ahora, después de la reforma: sustituir la venganza familiar en la persecución de los delitos de sangre, por la sentencia de los jueces que forman el tribunal instituido por Apolo y Atenea.

Pericles abandona la política filo-espartana de los aristócratas y se alía con Argos, enemiga de Esparta. Comienzan una serie de hechos de guerra (1.^a Guerra del Peloponeso) que no termina hasta el 445 a.C. en que firman con los espartanos un pacto según el cual ni Esparta ni Atenas atacarán ciudades griegas. La paz que había de durar treinta años duró hasta el 431 a.C. en que se inicia la 2.^a Guerra del Peloponeso. En el año 329 a.C., en el segundo año de una guerra que había de durar casi treinta, muere Pericles de peste.

El gobierno de Pericles fue muy parecido al de los buenos tiranos. Dice Tucídides que Atenas era una democracia sólo de nombre, en realidad gobernaba «el primer ciudadano». Aunque gobernó respetando la libertad de todos, debido a sus buenas cualidades, la asamblea le obedecía. Todos los asuntos importantes de Atenas pasaron por sus manos, y eso que sólo desempeñó el cargo de estratega. No fue nunca arconte. Pero convencía al pueblo sin adularlo y gobernaba según su criterio, con la contra inoperante del partido aristocrático.

Trataron de perderle indirectamente, acusando a sus amigos y colaboradores. Anaxágoras fue condenado al destierro. Acusaron también a su segunda mujer, Aspasia; e incluso a Fidias. A él no podían acusarlo de nada porque su amor a la ciudad, su mira por lo público y su insobornabilidad eran evidentes para todos,

Favoreció las obras públicas, que dieron a Atenas fama eterna. Se construyó el Partenón, la estatua de Atenea Partenos, el Odeón. Se terminaron los muros largos que cerraban el recinto fortificado de 27 Km., que hacía inexpugnable la ciudad por el sur y la unía con el puerto. De manera que aunque los peloponesios invadieron los campos del Ática, los atenienses pudieron resistir fácilmente, refugiados en el recinto y aprovisionándose de todo por medio de la escuadra.

El plan de Pericles respecto a la guerra con Esparta era, en efecto, usar los barcos en expediciones punitivas sobre las ciudades peloponesias, cada vez que los espartanos invadiesen su territorio. No presentar batalla en tierra, en campo abierto. No sabemos si ese plan hubiera dado el triunfo a Atenas, porque, después de la muerte de Pericles, no se siguió.

Con las obras públicas, la marina y los espectáculos, dio ocupación, recreo y protagonismo al pueblo, que por eso le era fiel. Los aliados de la Liga, se quejaban, sin embargo, de que el dinero de sus tributos se gastaba en adornar la ciudad, como si fuese una ramera, y en sojuzgarlos a ellos.

Uno de los últimos dramas que escribió Esquilo (muerto en 456 a.C.), *Prometeo*, puede interpretarse, según dice C. M. Bowra, como una «parábola» sobre lo que cuesta mantener el poder, y lo lejos que está esa fuerza primaria e indefinible de los criterios humanos sobre lo injusto y lo justo. En el drama muestra Esquilo, de forma realista y acorde con el contexto político de Atenas que «la búsqueda del poder es el más fuerte y despiadado impulso para la acción, y además que el poder sólo puede ser derrotado por otro poder»¹⁸.

En este caso, el poder de Atenas sobre sus súbditos, ejercido como sus embajadores mismos confiesan, de forma prehesiódica, sin atender a la justicia, sino al provecho; fue efectivamente derrotado por «otro poder». Pero eso no llegaron a verlo ni Esquilo ni Pericles. Mientras este último gobernó, la potencia de Atenas llegó a lo más alto, aunque todos supieran, incluyendo al mismo Pericles, que todo lo que crece debe luego disminuir. Pericles, con el mismo talante que Aquiles, prefirió para su ciudad la gloria de los actos heroicos que se conservan siempre en la memoria de las generaciones a una vida larga y moderada. Realmente, aunque confesaba con tibieza y de labios afuera que él y los atenienses guardaban las «leyes no escritas» las «leyes eternas de los dioses», no creía que guardándolas en todo pudiera conseguir gloria para su ciudad ni para él.

Sin embargo, el creyente Sófocles, en su *Antígona* (441 a.C.) advierte que ninguna disposición gubernativa es duradera y buena si contradice esas leyes. Los triunfos serán efímeros y, sobre todo, el gobernante que actúa de espaldas a ellas es un tonto, que se precipita a su perdición. La ciudad de Atenas, en efecto, estaba empezando a tomar para muchos de sus habitantes y, seguramente para «el primer ciudadano», el lugar que deben ocupar los dioses.

8. SÓCRATES Y LAS LEYES

Zenón, discípulo de Parménides, tenía por costumbre ejercitarse en una cierta gimnasia mental: desarrollaba argumentos que hicieran convincentes

¹⁸ C. M. BOWRA: *La Atenas de Pericles*, Madrid, 1974. Pp. 134.